CUADERNOS historia 16

Los incas y sus dioses

Concepción Bravo



147

175 ptas



Y TU ¿POR QUE NO CAMBIAS A PEUGEOT 309?



Te lo digo en confianza, haz lo que yo... y verás qué cambio. Desde que tengo mi Peugeot 309 me siento otro. Mi familia está deseando que llegue el fin de semana para salir a divertirnos, y yo, encantado. Disfruto conduciéndolo. Es cómodo y seguro, potente cuando lo preciso y con un equipamiento completísimo: desde cerraduras centralizadas con mando a distancia hasta aire acondicionado. En fin, me conoces de antes, y ya ves qué diferencia: como de la noche al día. Y tú, si quieres, lo tienes igual de fácil. Pero no quiero convencerte, el Peugeot 309 lo hará. Pruébalo, verás qué cambio.

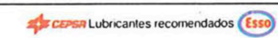
PEUGEOT 309

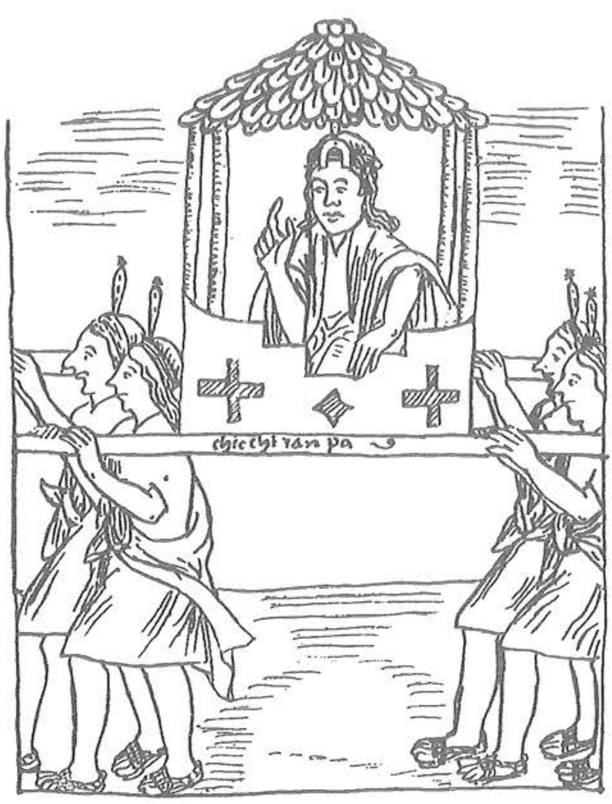
ES OTRA HISTORIA.

HDM



PEUGEOT. FUERZA DINAMICA





El Inca es transportado en andas por sus servidores (grabado de Poma de Ayala)

Indice

LOS INCAS Y SUS DIOSES

Por María Concepción Bravo Guerreira
Profesora titular de Historia de América.
Universidad Complutense de Madrid

Los incas y sus dioses

María Concepción Bravo Guerreira
Profesora titular de Historia de América. Universidad Complutense

CUANDO a fines del año 1531, Francisco Pizarro llegaba con su hueste a la isla de la Puná, confirmaba sus primeras impresiones, que se plasmaron durante el final de su accidentado viaje de descubrimiento y reconocimiento de las costas australes de la mar del Sur, en los meses de junio y julio de 1528, de que se encontraba muy cerca de un rico imperio. Los isleños, y sus hostiles vecinos de la ciudad continental de Túmbez, daban muestras de disponer de una sólida organización política, militar y económica, con la que se enfrentaron abiertamente a la presencia y permanencia en su tierra de los extraños hombres barbudos.

Y ya en los meses siguientes, en el año 1532, en su avance prudentemente dirigido por el experimentado jefe extremeño, pudieron percibir, ya desde Piura, que se encontraban en territorio de un Estado cuya organización empezaron a admirar. Pero un Estado que vivía la convulsión de una crisis interna, en el que se disputaban el poder dos hermanos, hijos del anterior señor de aquel reino. Ellos ignoraban el nombre de aquella tierra, a la que de antemano, ya desde los primeros momentos de lanzarse a su búsqueda, desde Panamá, en el año 1524, habían bautizado con el nombre del Perú.

Pero aquel Estado, cuyas verdaderas proporciones sólo empezaron a vislumbrar después de su llegada a Cajamarca, el 14 de noviembre de aquel mismo año de 1532, tenía un nombre propio, el de Tahuantinsuyu, impuesto por los jefes del grupo étnico, que desde su muy remoto centro en la ciudad del Cuzco había sido capaz de forjarlo, imponiendo su soberanía a centenares de otros grupos organizados antaño en pequeños o grandes señoríos, confederados algunos de éstos hasta convertirse en reinos más o menos poderosos que fueron sucumbiendo al empuje de ese otro grupo asentado en el valle del Cuzco: el de los incas.

Con la llegada de los españoles, el nombre del Perú se impuso, e hizo olvidar aquel otro de Tahuantinsuyu por cuya supervivencia lucharon los descendientes de los señores cuzqueños, los incas, durante cuarenta años, hasta que el virrey don Francisco de Toledo capturó y dio muerte al último de éstos, el infortunado Tupac Amaru, nieto de Huayna Capac, último gran soberano que dominó sin discusión aquel poderoso Imperio de las cuatro partes del mundo. Porque éste es el significado de Tahuantinsuyu, el conjunto de las cuatro regiones, o de los cuatro rumbos del universo.

La sugestión que siempre acompañó a aquel nombre *del Perú,* como señuelo de riquezas en el que toda fantasía era posible, se impuso sobre el de Tahuantinsuyu, que sólo surge en los cronistas posteriores a los que relatan los hechos de la conquista, a impulsos de la nostalgia de los informantes indígenas de aquellos otros, que años más tarde, empezaron a recoger en sus escritos el recuerdo de las antiguas tradiciones que conservaban en su memoria los que fueron antiguos súbditos del imperio desaparecido. Son los cronistas indígenas los que siguen refiriéndose a las tierras del nuevo Perú, con el viejo nombre: Titu Cusi Yupamqui, denodado defensor de la supervivencia del Estado que constituyeron sus antepasados, los señores de los incas. Juan de Santa Cruz Pachacuti y Guamán Poma de Ayala, prefieren también referirse al Tahuantinsuyu, aunque sus referencias al Perú sean constantes, admitiendo y asimilando su nueva denominación. Y el gran cronista mestizo, Garcilaso de la Vega, el Inca, que quiere rescatar de la memoria del pasado el recurso de los hechos de sus ilustres antepasados, aunque describe su imperio refiriéndose a su nombre antiguo, prefiere utilizar la nueva denominación de Perú.

Es la moderna historiografía la que trata de rescatar aquel nombre de sugestiva resonancia. Pero también esta historiografía pretende establecer la historicidad de unos hechos, que con tintes de leyenda, se nos cuentan en muchas crónicas de los siglos XVI y XVII, otorgando una antigüedad milenaria al Imperio de los incas, los hijos del Sol.

Y ciertamente, una tradición cultural milenaria fue asentándose en la vastísima geografía de la región andina que luego llegó a ser de Tahuantinsuyu. Pero ésta fue una realización muy tardía en ese larguísimo proceso cultural andino, cuyas raíces se remontan al año 1800 a. C., en los suntuosos edificios de Chavin, y aún antes, en el 3000 a. C. en que floreció el gran conjunto urbano, de características prece-

Encuentro en Cajamarca entre los castellanos y el Inca (grabado coloreado)

Vista general de la ciudad de Cajamarca en la actualidad

rámicas en Kotosh, en tierras del alto Huallaga.

A lo largo de centurias, grupos humanos de diversa procedencia fueron asentándose en la difícil geografía de los Andes, luchando por adaptarse a ella, por extraer de su tierra los recursos que les proporcionaran su subsistencia y su desarrollo; luchando, también, con frecuencia entre sí, por conquistarla y por dominarla, con un ritmo que permitió el surgimiento de diversos centros hegemónicos, cuyo liderazgo más o menos largo sucumbió ante el impulso expansivo de nuevos pueblos que en sucesivas oleadas migratorias iban ocupando el espacio andino.

En la actualidad, se acepta como un hecho indiscutible, a la luz de una revisión crítica de crónicas y documentos y confirmado por la arqueología, que hacia el año 1350 toda la región andina fue escenario de un activo movimiento migratorio de pueblos que trataban de establecerse en los asentamientos más aptos para el desarrollo de la agricultura y el pastoreo de los auquénidos, en confrontación permanente los unos con los otros. Todos ellos habían estado en contacto de forma más o menos directa, y habían recibido el influjo cultural o, incluso, habían sufrido la hegemonía religiosa, económica, política, también militar de los centros de Chavin, Moche, Tiahuanaco o Huari. Todos ellos respondían a unos patrones culturales y a unos modos de vida más o menos homogéneos, como resultado de ese influjo cultural y de unos condicionamientos similares, impuestos por el medio físico.

Los pueblos de los Andes y su lengua

Es bien sabido que uno de los logros culturales de mayor trascendencia para el desarrollo de cualquier pueblo es el de la lengua. Y en el área andina, ya desde el siglo noveno de nuestra era, se había configurado y había alcanzado una notable difusión el tronco lingüístico quechua, con formas dialectales diversas, habladas desde la región costera central hasta el Ecuador. Este tronco lingüístico protoquechua debió de extenderse también hasta el altiplano sur, en una zona dominada después por el aymaró, y a él debió de pertenecer el dialecto *secreto* que según el inca cronista Garcilaso de la Vega hablaban los miembros de la élite cuzqueña.

La afirmación del inca cronista había sido considerada durante mucho tiempo como una fantasía con la que se pretendía recordar la singularidad del grupo inca respecto a todos los pueblos que éste llegó a someter. Pero no es este autor el único en mencionar una lengua propia de los dominadores de los Andes. En 1580, antes de que Garcilaso de la Vega escribiera sus *Comentarios Reales de los Incas*, un extirpador de idolatrías, el clérigo Cristóbal de Albornoz, escribía que los incas tenían una lengua propia, desconocida por el pueblo, y en la *Relación Geográfica de la Villa de Oropesa* su autor lo confirma en el año 1586. *Entre el mismo Inca y su linaje y orejones hablaban otra lengua, y ésta ningún cacique ni demás personas de su reino tenía licencia para aprenderla, ni vocablo della.* Las investigaciones recientes tienden a identificar esta lengua secreta de los incas con el callahuaya.

Fue otra forma dialectal del quechua más moderna y de un fonetismo mucho más claro, la que los incas impondrían después como lengua oficial de su imperio, pero siempre sobre las bases de una previa difusión del tronco lingüístico originario de ella.

Posiblemente, una variación dialectal propia de la región costera de Chincha y Pachacamac, desde donde había irradiado a partir del siglo VIII la pujanza económica de los mercaderes chinchanos, que establecen activos intercambios desde la costa a la sierra y desde el centro al sur y al norte, y al prestigio religioso del gran santuario de Pachacamac, convertido también en un importante centro de intercambios económicos y culturales.

Hemos hecho referencia a la multitud de grupos étnicos que constituyeron el sustrato humano del Tahuantinsuyu. Muchos de ellos, aquellos que habían ocupado con anterioridad a los incas la región de los Andes centrales, en especial el valle del Cuzco, llegaron a asimilar de tal forma la cultura dominante que éstos impusieron que a la llegada de los españoles habían casi perdido la memoria de su propio pasado. Pero en las tradiciones que relatan el origen de los incas, aun en un contexto transformado por el mito y la leyenda se rastrea la existencia de las tribus primigenias de la región: guailas, pokes, laris, sawasiray, antasaya, alcovizas, mascas, chillques, maras y tampus.

La historicidad de otras, que se vieron enfrentadas al espíritu expansionista de los incas, después de que éstas lograran ver confirmada su soberanía sobre estos pueblos más arcaicos, queda reflejada en las crónicas y en documentos coloniales. Los collas y lupacas de la región cincumlacustre, los soras y lucanas, chumbivilcas, huancas y xauxas, en la región central protagonizaron una serie de batallas y escaramuzas contra los señores del

Cuzco que consiguieron rendirlos a su dominación. En el lejano norte ecuatorial, chonos, guacavilcas, cañares y cayambes, lograron conservar mejor la conciencia de su propia cultura al igual que los más meridionales pueblos que ocuparon las regiones de Cajamarca, chachapoyas o huancas; otros, en cambio, fueron incapaces de mantener el recuerdo de sus antiguos jefes, como los paltas, malacatos o pacamuros, porque sus propias estructuras sociales y políticas apenas habían alcanzado un escaso nivel de desarrollo.

Muchos otros se vieron condenados a un olvido casi absoluto, borrados o diluidos como consecuencia de los desplazamientos y la dispersión a que fueron sometidos por la nueva organización que les impusieron los dominadores incas.

Pero todos ellos, en mayor o menor medida, de grado o por fuerza, contribuyeron a que el gran Tahuantinsuyu fuera uno de los mayores imperios que florecieron en el mundo. Y la experiencia de todos éstos, acumulada y acrisolada, constituyó la base de una cultura, que por haber sido la expresión de aquel imperio se conoce como cultura inca, pero que es, ante todo, la culminación de todas esas culturas de los pueblos andinos.

Porque los incas, al conseguir imponer su supremacía política sobre todos los demás pueblos de los Andes, fueron los artífices de un Estado que llegó a ser fuerte y poderoso porque supieron aprovechar los valores que aportaron todos esos pueblos, llevando a cabo un completo programa de planificación de todos los recursos humanos y materiales que éstos representaban. Y éste es el mérito indiscutible que no se les puede negar.

Lo que nos interesa ahora es exponer las circunstancias y condicionamientos en el modo empleado para llegar a conseguir con éxito sus fines, de qué medios se valieron para implantar la cultura del Cuzco a todos los pueblos del área andina.

Los condicionamientos económicos

Los pueblos de los Andes, como otros muchos del continente americano, encontraron en el desarrollo de la agricultura la base fundamental de su subsistencia y de su economía. Y la práctica de unas técnicas agrícolas que les permitieron obtener el máximo rendimiento de la tierra, los condujo a conseguir importantes logros culturales, tanto en el orden material como en el espiritual. Pero estuvieron sujetos a condicionamientos difíciles de superar, porque la geografía les ofrecía serios obstáculos que supieron vencer a pesar de que nunca dispusieron de una tecnología muy desarrollada.

Ellos ocupaban un espacio en el que la estructura geomorfológica del eje de la cordillera determina una extraordinaria diversidad de climas y de suelos, más fáciles de articular entre sí en el sentido de la longitud que en el de la latitud. A pesar de que esto supone pasar en distancias relativamente cortas de las tierras calientes de las costas a las heladas de las cimas de la cordillera, en la que los niveles de la ocupación humana pueden llegar a alcanzar hasta los 5.000 metros sobre el nivel del mar.

Pero si por una parte esta diversidad de tierras y climas representa, como decíamos, un obstáculo difícil de superar, como contrapartida se ofrece la posibilidad de que en los distintos niveles o planos ecológicos exista una gran variedad de especies vegetales, susceptibles de ser domesticadas y cultivadas; algunas de ellas específicamente andinas, como la patata y otras variedades de tubérculos, cuya selección y cultivo propició en las tierras altas notables concentraciones de población.

La ocupación permanente del suelo fue posible, por otra parte, gracias a la existencia en estos niveles de otro importante recurso, exclusivo del área andina: la ganadería, la especie de los auquénidos, cuyo pastoreo, como veremos más adelante, determinó formas de vida y bienes materiales que determinaron la cultura de esos pueblos.

Por otra parte, la utilización y aprovechamiento de tubérculos como la oca, massua y olluco fueron un factor importante para la sedentarización de los pueblos altiplánicos, pero nunca comparable al aprovechamiento de la patata. Y esto porque el propio clima permitió no sólo su cultivo, de alto rendimiento, si bien éste requería la disponibilidad de grandes superficies cultivables, porque el agotamiento de la tierra imponía el sistema de barbecho con largos períodos de descanso, sino su perfecta conservación, que suponía la seguridad de disponer de una reserva importante de alimentos excedentes. Por esta razón, un hecho que parece contradictorio se observa en el desarrollo de estos pueblos.

Fue en una región de clima duro y difícil donde el hombre encontró unas condiciones que permitieron un mayor desarrollo demográfico, porque ese clima con fuertes oscilaciones de temperatura les facilitaba la conserva-

ción de la base de subsistencia: la patata, de la que se cultivaron más de mil variedades distintas. Las fuertes heladas nocturnas de la estación seca, entre los meses de mayo a septiembre, precisamente la época de la cosecha, fueron aprovechadas desde tiempos remotos por los hombres que ocuparon los niveles de los 4.000 a los 5.000 metros de altitud para someter a la patata a un proceso de congelación que alternaba con la deshidratación a que se la sometía en las horas soleadas del día. Así se obtiene el *chuño,* que puede conservarse durante largo tiempo como un alimento de reserva.

En escalones inferiores, con un promedio de 3.000 metros, pero que pueden alcanzar, aunque de forma excepcional, en el clima lacustre del Titicaca los 4.000 metros, se cultivó el maíz, junto con gramíneas como la quírua y la cañihua que resisten estas alturas. El laboreo del maíz, al depender de los factores de altitud y latitud, requiere siempre de cuidados especiales para poder conseguirlo en determinadas zonas. Sobre todo donde la estación lluviosa no coincide con el período de crecimiento de plantas, cuya cosecha, por otra parte, debe programarse teniendo en cuenta el régimen de heladas de la estación seca, en alturas que rebasan una media de 2.500 metros.

La importancia del maíz en todo el continente americano fue muy grande, y llegó a ser el elemento que impulsó las más interesantes formas de cultura. En este área andina propició el desarrollo de una agricultura de irrigación que requería importantes obras de ingeniería para el aterrazamiento de la tierra y la construcción de complejas redes de conducción y almacenamiento del agua. Esto determinó que el agua fuera considerada como un bien inapreciable cuyo control resultaba imprescindible para asegurar el poder político y económico sobre las tierras y sus habitantes, y esto no sólo en la época del apogeo inca, sino desde tiempos muy anteriores que se remontan, en la sierra norte, al horizonte cultural de Chavin (1800-400 a. C.). Pero el maíz puede cultivarse también sin irrigación; las investigaciones más modernas señalan al maíz en el área andina una antigüedad entre el 4300-2800 a. C. para la región serrana de Ayacucho y de 2000-1800 a. C. para la costa de Ica, hechos muy anteriores a los de la aparición del riego artificial. De todas formas, su cultivo —con una tecnología elemental que contaba como herramienta casi única la *taquitaclla,* una especie de arado impulsado con el pie humano— requirió siempre una estricta organización de la mano de obra.

El cultivo y el consumo de este alimento, básico para muchos pueblos andinos, adquirió bajo el dominio de los incas una importancia especial para la utilización masiva de él en rituales y ceremoniales. John Murra (1978) llega a afirmar que este uso y consumo fue casi exclusivamente ceremonial, y controlado únicamente por el Estado. Pero sin duda, el maíz, con un alto rendimiento de producción (10.000 kilogramos por hectárea en condiciones óptimas), y su alto valor en calorías, proteínas y minerales, y con la circunstancia de que su conservación es fácil, sin tratamientos especiales y en cualquier clima, tuvo que ser también utilizado como alimento básico para los súbditos que trabajaban en la construcción y mantenimiento del Estado y no sólo consumido por las élites y el ritual.

Este mismo carácter llegó a tener otra planta arbustiva: la coca, cuyo cultivo requiere condiciones muy especiales en cuanto al clima, al suelo y la tecnología, así como la ulterior preparación para su consumo.

Aparte de los agrícolas, los recursos ganaderos —que tuvieron para los Andes un carácter de excepcionalidad con respecto al resto del continente americano— fueron, como decíamos más arriba, un factor determinante de formas peculiares de cultura. De la especie de los auquénidos, el guanaco, la vicuña, la alpaca y la llama, fueron estas dos últimas las que llegaron a ser objeto de domesticación y pastoreo. Y aunque tuvieron en los Andes centrales su hábitat óptimo, que permitió su gran desarrollo, no fueron desconocidas en las regiones meridionales hasta Chile y Argentina o en las septentrionales del Ecuador, no sólo en tiempos de los incas sino en períodos anteriores. Es éste un extremo que hoy queda confirmado por la arqueología, en contra de opiniones, sustentadas con anterioridad, de que fueron llevadas a esos lugares por los incas. Lo que sí es cierto es que mientras algunos grupos étnicos fueron con exclusividad pastores o agricultores (otros costeños fueron pescadores), los incas, aunque no sólo ellos, tuvieron una doble característica al desarrollar ambos modos de vida.

La importancia de los recursos que proporcionaba, sobre todo la llama, justifica que su posesión fuera importante para algunas poblaciones que llegaron a tener un carácter biétnico, en las que se fusionaron grupos de diferentes procedencias, unos pastores y otros agricultores, que llegaron a repartirse el

Vista de las ruinas de Macchu Picchu

Recinto ceremonial de la antigua ciudad inca de Pisac

uso de las tierras, sobre todo, en las regiones de frontera entre la zona de pastos (puna) y la agrícola (queshua).

¿Cuáles eran esos recursos que podía proporcionar la llama, susceptibles de convertirse en la base de toda una forma de vida? En primer lugar su lana, empleada como fibra textil para la confección de vestidos, imprescindibles en un clima de altura. Aunque es cierto que en el arte del tejido, que alcanzó en los Andes una gran exquisitez, no fue esta fibra la más apreciada, prefiriéndose por su calidad la de la alpaca y la vicuña. Por no hablar de la otra, de tipo vegetal, el algodón, base de toda la magnífica creación textil de las antiguas culturas costeñas de la región de Paracas.

Como complemento de la alimentación a base de tubérculos, la carne de llama, conservada mediante un proceso de deshidratación, y convertida en charqui, tuvo un uso frecuente y proporcionaba un interesante producto de intercambio para la obtención de otros artículos.

Su excremento fue empleado como un eficaz abono para fertilizar las tierras de cultivo, sobre todo, de patata, pero también, perfectamente seco, era un magnífico combustible en unas regiones en donde la vegetación arbórea era casi inexistente y la leña un bien muy escaso. Todavía en el período colonial las largas recuas de llamas conducían hasta Huancavelica incesantemente cargas de este combustible para el beneficio del azogue de sus minas. Porque, y éste fue otro de los principales usos que se dio a la llama, era un buen animal de carga. Aunque ciertamente este uso era sólo posible si se disponía de rebaños numerosos, porque su resistencia, tanto para el peso como para las distancias a recorrer, era relativamente limitada. No obstante, fue, como complemento de las sufridas espaldas de los indígenas, el único y más apreciado medio de transporte del que se disponía para la movilización, siempre necesaria y muy activa de recursos, que se intercambiaban constantemente desde unas a otras zonas ecológicas, a veces a distancias considerablemente grandes. Esta utilización como animal de carga fue especialmente aprovechada por el Estado inca, siempre necesitado de trasladar tanto bagajes y vituallas para sus ejércitos en tiempos de guerra, como artículos de consumo para sostener su régimen de poblaciones trasladadas de unos lugares a otros del Tahuantinsuyu.

No es de extrañar, pues, que la llama fuera por sí misma, y no sólo por sus productos derivados (la leche raramente se utilizó) un bien de trueque o de intercambio que estimuló y condicionó las relaciones interétnicas de los pueblos andinos. Y no es sorprendente, tampoco, que estuviera revestida desde antiguo, como veremos más adelante, de un carácter sagrado al ser considerada como un don de los dioses, que determinó, incluso, una estrecha asociación, a veces casi identificación, con los seres humanos.

Para conseguir la obtención y el control de estos recursos, y muchos más, sin olvidar los metales preciosos, cuya riqueza y abundancia resulta ocioso destacar ahora (en este caso su uso sí fue exclusivamente suntuario y ceremonial, aunque influyera, también, en el sistema de trueque que caracterizó la economía andina) lucharon los grupos humanos establecidos en la región andina, que se vieron impulsados, como dijimos más arriba, a una intensa movilidad migratoria en determinados momentos de su historia.

El origen de los incas

Uno de esos pueblos, desplazados en busca de mejores tierras, y que se vieron obligados a enfrentarse con ocupantes anteriores a éstos, en el valle del Cuzco, fue el de los incas, cuyo destino sería el de llegar a dominar la inmensa longitud de los Andes. Ellos vinieron a ocupar, después de centurias en que las luchas entre unos y otros fueron incesantes, el vacío de poder que hacia el año 1000 había dejado en un área que abarcaba desde el Titicaca hasta el norte de Cajamarca, el poderoso Estado huari.

El relato oral, cuidadosamente elaborado y celosamente conservado por este pueblo en los tiempos de su apogeo, conservaba la tradición de su pasado y de su origen más remoto, recogido después por los cronistas españoles. Pero ese relato estaba revestido y enriquecido, podríamos decir que enmascarado, por un aura de mito y de leyenda, que al ser trasladado a una lengua diferente, y por gentes de mentalidad distinta, que pretendieron con frecuencia racionalizar, desde sus propias posiciones, el significado que pudieran tener, se hace muy difícil de interpretar.

Cada testimonio parece reflejar situaciones diferentes e, incluso, contradictorias cuando se refieren a un mismo hecho. Pero en todos ellos se refleja, de modo indudable, que su llegada al Cuzco fue desde otro lugar, y que esa llegada, que supuso el comienzo de un modo de vida civilizado, de un nuevo orden del mundo, estuvo precedido de una etapa de oscu-

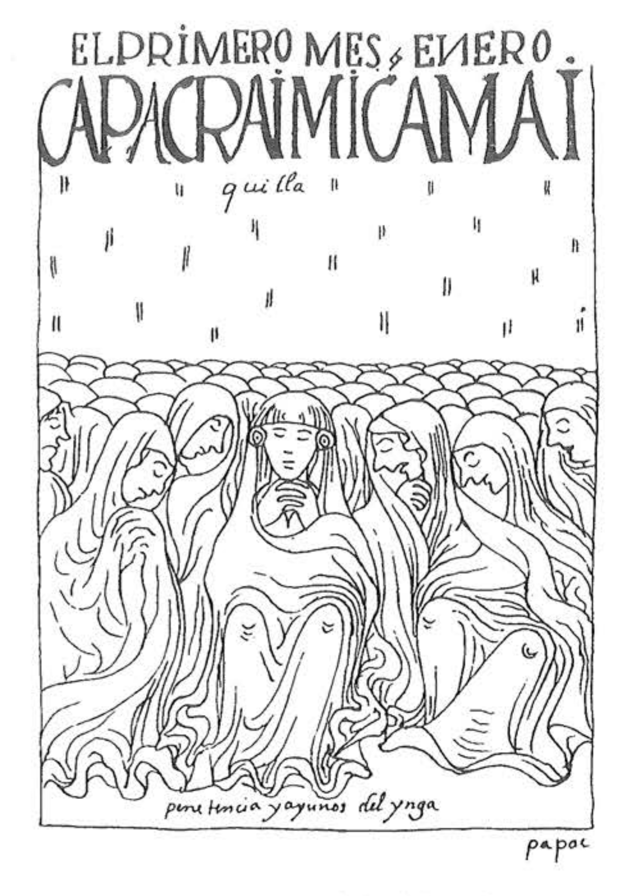
ridad y de guerras, de desorden y anarquía, que en la expresión de los cronistas españoles se traduce como tiempo de *behetrías,* aludiendo al sentido figurado del término, como *confusión, desorden.* La arqueología y el análisis crítico de documentos y aun de las mismas tradiciones de los incas, recogidas en las crónicas, indican la existencia de una fase o período intermedio entre la existencia de un Estado antiguo y la aparición de uno nuevo.

Aunque algunos cronistas se empeñaron en ello, resulta difícil, a partir de sus testimonios, dar una profundidad histórica precisa a esa etapa de behetrías y fijar con exactitud la aparición de los incas en el valle del Cuzco. Resulta prácticamente imposible establecer una cronología exacta para su historia, y aunque se han hecho intentos de fijar las fechas de los reinados de los sucesivos señores del Cuzco, éstos carecen del rigor suficiente, sobre todo para los primeros, que se pierden en las nieblas de lo legendario, pero en todo caso, sin que su antigüedad sea tan remota como se ha pretendido.

Sólo a mediados del siglo XIV parece indudable que los descendientes de la primera generación llegada al valle estaban en condiciones de iniciar un proceso de expansión territorial, con la consecuente configuración de un verdadero Estado, que alcanzaría su madurez cien años más tarde, para convertirse después, rápidamente, en el gran imperio que alcanzaron a conocer Pizarro y sus hombres en 1532.

La historicidad de los últimos soberanos: Viracocha Inca, Pachacuti, Tupac Inca Yupanqui, Huayna Capac y Huascar, resulta fuera de toda duda. Y la existencia de sus predecesores (Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Capac, Capac Yupanqui, Inca Roca y Yahuar Huacac), cuyos nombres conservó la memoria de los quipucamayos y de los supervivientes de la élite cuzqueña, tampoco debemos ponerla en duda, aunque sus hechos resulten más difíciles de determinar. Incluso, restos de sus cuerpos momificados, o representaciones de sus personas fueron encontrados e identificados como tales por el que después fue corregidor del Cuzco y acucioso investigador de las tradiciones incas, el licenciado Juan Polo de Ondegordo, tal y como lo afirma este autor y lo ratifica el cronista Pedro Sarmiento de Gamboa.

Por lo que respecta a la figura de Manco Capac, fundador de la dinastía y conductor del pueblo inca hasta el Cuzco, sólo quedaba, en diversas versiones, el relato de sus hazañas fabulosas y la afirmación de que a su



Dos grabados de Poma de Ayala alusivos a las festividades religiosas de los incas



muerte, se transformó en piedra bajo la apariencia de un pájaro. Es el héroe legendario, el ancestro mítico recordado y mencionado unánimemente en todas las tradiciones que hacen referencia al origen de su pueblo, tanto si éstas fueron recogidas por sus propios descendientes o por los de cualquiera de los pueblos sometidos al Cuzco.

La que parece más antigua y la que alcanza una mayor difusión lo hace integrante de un grupo de ocho hermanos; cuatro hombres, todos con un mismo sobrenombre «Ayar», y cuatro mujeres, constituidos, además, en parejas de esposos, que habían salido de un lugar, perfectamente localizado e identificado, llamado Pacarectampu, a 25 kilómetros al sureste del Cuzco. Desde ese lugar, cuyo nombre según el cronista Juan Díaz de Betanzos significa *casa del producimiento*, salieron conduciendo a su grupo de gente que llevaba consigo no sólo su ajuar personal consistente en ricas vestiduras, armas y vasijas, sino las semillas y el ganado que sirvieron como punto de partida para el desarrollo de su economía agrícola y ganadera.

La alusión a la posesión del ganado se hace al mencionar el *napa*, una llama macho (paco) de lana blanca, que fue siempre una de las principales insignias del grupo inca y un elemento principal en determinados rituales. Cristóbal de Molina se refiere a esto de forma concreta cuando describe las fiestas del solsticio de invierno, la época del Sol joven, en la estación seca: *Llevaban delante unas ovejas grandes, del grandor de los carneros, dos de oro y dos de plata, puestas en los lomos unas camisetas coloradas a manera de gualdrapas. Llevábanlos en unas andas, lo cual hacían en memoria de los carneros que dicen salieron de Tambo con ellos. Los indios que los llevaban eran señores principales, iban con muy vivos vestidos. Llámase a estas ovejas de oro y plata corinapa y colquinapa.*

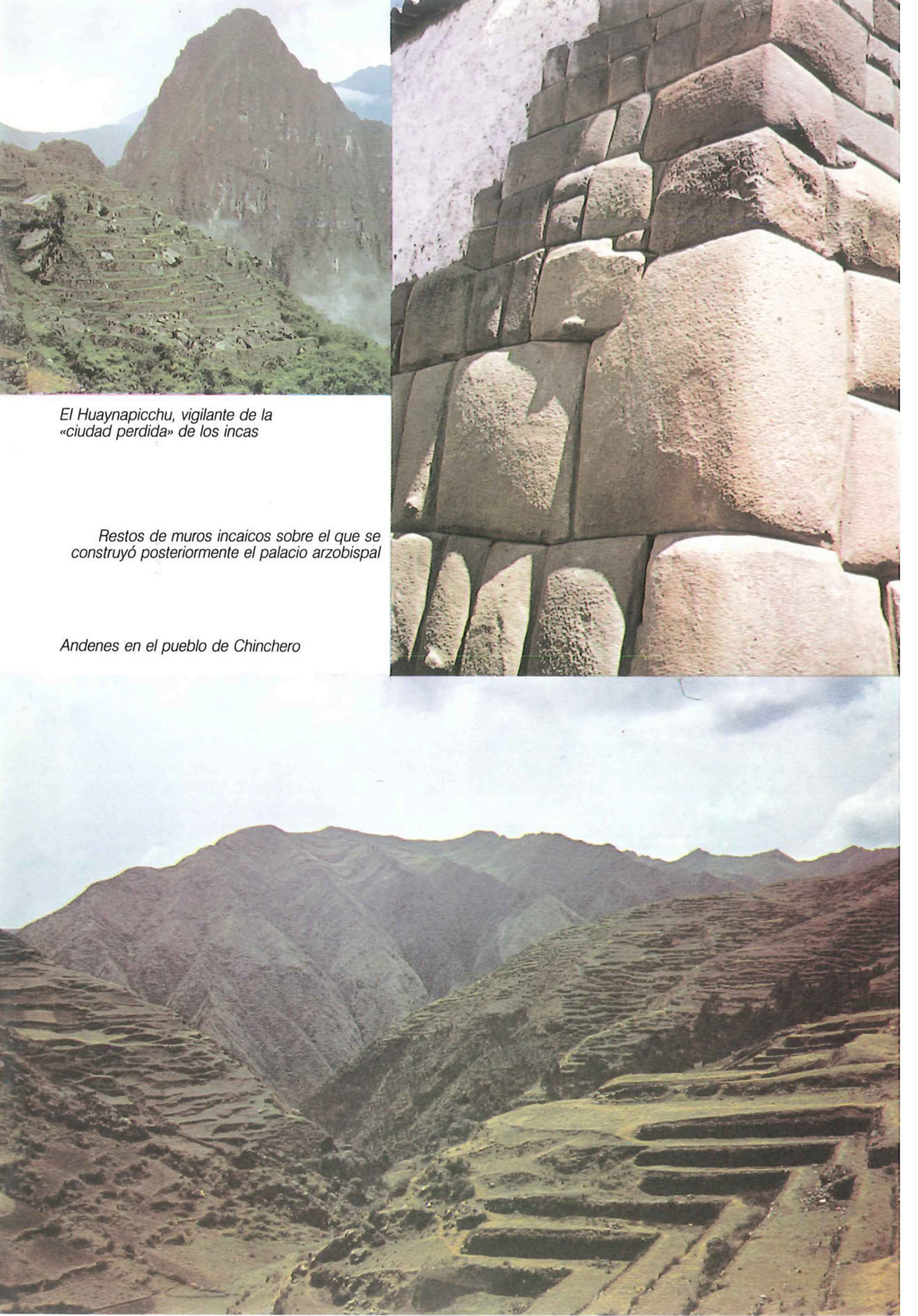
Es especialmente interesante esta mención a las llamas que llevaron los incas al Cuzco, si tenemos en cuenta que es el mismo autor el que acepta, al recogerlo en su texto, la versión de que los hermanos Ayar, procedentes del Titicaca *se sumieron debajo de la tierra y vinieron a salir a la cueva de Pacaritambo, de donde se jactaban proceder.* En esta versión, precisamente, hay elementos que unifican la de los hermanos Ayar, con la al parecer más moderna, recogida por Garcilaso de la Vega, que hace a los incas descendientes de sólo una pareja de hermanos-esposos: Manco Capac y Mama Ocllo, que inician su peregrinaje, por mandato del Hacedor, desde el Titicaca hasta el valle del Cuzco.

Al margen o no de que fueran los propios incas los que difundieran la leyenda de los hermanos Ayar, es un hecho indiscutible que éstos se sintieron siempre ligados a la región ganadera del lago Titicaca, y que para ellos esa tierra tuvo siempre el carácter de lugar sagrado. Que en su migración tuvieran después una prolongada estancia en un lugar más cercano al Cuzco parece quedar reflejado en la mencionada leyenda de los Ayar. También es indudable que Pacarectampu o Pacarictambo, la *casa del producimiento,* fue un lugar especialmente considerado por los incas. No sólo hay referencias a él en numerosas crónicas como punto de partida de la migración inca. En el recientemente descubierto texto completo de la crónica de Juan Díaz de Betanzos encontramos una referencia muy precisa a esto. *El marqués* [Pizarro] *hizo que le trajesen todo el oro que había en los pueblos y provincias que están siete leguas de la ciudad del Cuzco como fue de Pacarictambo do dicen los orejones que salieron según que ya habéis oído, la historia os lo ha contado, de allí trujeron ciertas puertas de oro que estaban a la puerta desta cueva y cierto árbol de oro que allí había.*

Corresponde esta descripción al dibujo que un cronista indígena, mucho más tardío, Juan de Santa Cruz Pachacuti, incluye en su relato de la migración de los Ayar. Este dibujo representa la casa que según el cronista mandó hacer Manco Capac *al lugar do nació,* con tres ventanas, flanqueada la del centro por dos árboles, que significaban a su padre y a su madre.

Entre los tiempos legendarios de Manco Capac y los reinados de sus muy posteriores descendientes, Viracocha y Pachacuti (siglo XV), el pueblo inca se vio forzado a hacerse respetar y temer, para después ser reconocido como grupo dominante de todos sus vecinos. Pactos de vasallaje, alianzas matrimoniales con hijos de los *curacas* de los principales pueblos del valle, guerras abiertas contra quienes se les enfrentaban en su afán expansionista, fueron el camino que siguieron para consolidar su señorío.

En la oposición que encontraron en otro pueblo asentado en la vecina región de Ayacucho, de características muy similares a las suyas propias, los *chancas,* vieron la posibilidad de extender su influencia y su poder. Viracocha y Pachacutec tuvieron que hacer frente a este enemigo poderoso que llegó a poner cerco a la propia ciudad del Cuzco, y la victo-



El Huaynapicchu, vigilante de la «ciudad perdida» de los incas

Restos de muros incaicos sobre el que se construyó posteriormente el palacio arzobispal

Andenes en el pueblo de Chinchero

ria conseguida por el joven hijo del soberano, marcó el punto de partida de la verdadera consolidación de su autoridad, el establecimiento de un Estado pujante cuyo espíritu expansionista lo llevará a extender sus fronteras, en menos de una centuria, hasta los límites extremos del sur de Colombia, por el norte, y de las tierras australes de Chile, hacia el sur.

El Estado inca y los mecanismos del poder

En su empresa expansionista, el pueblo de los incas pretendía conseguir no sólo la posesión de nuevas tierras, sino controlar y dominar a las poblaciones autóctonas que constituían la fuerza productiva capaz de extraer todos los recursos necesarios para el mantenimiento del Estado que estaban constituyendo. Porque su propia capacidad demográfica nunca habría sido suficiente para ocupar y explotar tan vastos territorios; pero, también, porque siempre se consideró y se hizo considerar como una élite dominante que nunca llegó a fundirse con las poblaciones que dominaba.

Y esto a pesar de que los primitivos señores del Cuzco tomaron por esposas a hijas de jefes vecinos, o de que en la época de apogeo del Imperio el soberano Inca otorgara como tales, para sus aliados y confederados que le rendían vasallaje, a mujeres de la estirpe inca. Pero siempre tuvieron un especial interés, como nos dice el cronista Betanzos, en que *la sangre de los del Cuzco no se entregase con diversa nación, ni se perdiese.* Según este cronista, el inca Pachacuti estableció disposiciones muy rigurosas en este sentido *porque había dado ciertas hijas suyas a caciques señores y otras muchas hijas de señores de su linaje y casándolos con ellas por traerlos a su servidumbre y dominio del Cuzco, no se entendía con los hijos destas esto que ansí mandaba; y era que trujesen una o dos plumas de halcón por señal en la cabeza para que fuesen conocidos y tenidos y acatados por toda la tierra por sus descendientes y que si otra cualquier persona se la pusiese la tal pluma o señal en que fuese del Cuzco y de los más principales muriese por ello.*

El derecho de ciudadanía cuzqueña y la absoluta limpieza de linaje representaban una superioridad indudable entre todos los que pertenecían al pueblo inca.

La singularidad de éste entre todos los que se integraron en el Tahuantinsuyu radicaba fundamentalmente en el hecho de que ellos se erigieron en árbitros y administradores de toda la producción de bienes que generaba el total de la población, reservándose la función de administradores de toda ella. Fueron las masas de campesinos y ganaderos de todo el territorio andino las que rindieron sus esfuerzos y su trabajo en beneficio del Estado.

Y les fue posible conseguir esto porque se valieron e incorporaron a su programa político las antiguas instituciones y los modos de vida comunes a todos los pueblos. Su estructura social y económica se basaba en la explotación en común de los recursos naturales mediante un sistema de trabajo colectivo que compensaba la pobreza de la tecnología de que disponían para ello. En una estricta organización de esas sociedades, con unas normas que rigieron la forma de llevar a cabo esos trabajos, radicaba su estabilidad y su coherencia como grupo étnico.

Para todos ellos, la familia nuclear fue una unidad de producción, pero esta unidad no tenía fuerza ni capacidad suficiente. Sin embargo, fue la base de otra formación social más compleja, el *ayllu,* célula fundamental en la organización de las sociedades preincaicas de toda el área andina. Es una comunidad formada por el conjunto de los descendientes de un antepasado común, que unas veces era real y, en ocasiones, era supuesto, un héroe fundador mitificado. Pero su verdadera coherencia se sustentaba en la posesión y en el trabajo en común de un territorio, o *marca,* y en el culto a espíritus o divinidades protectoras de esa tierra y ese grupo, entre los que cobraba una especial relevancia el cuerpo momificado de su antepasado fundador.

Y en este grupo los vínculos de parentesco regulaban, de forma muy precisa, las reglas de un trabajo que requería de la ayuda mutua, es decir, un estricto sistema de reciprocidad en el intercambio del tiempo que se prestaban los unos a los otros.

Eran grupos compactos que reconocían la autoridad de un jefe o *curaca,* responsable de garantizar la integridad de la *marca* frente a posibles apetencias expansionistas de sus vecinos. En cada grupo étnico se integraban varios *ayllus,* y del número de sus miembros y de la riqueza o abundancia de sus tierras, dependía su importancia. La jerarquía de los *ayllus* y de los *curacas* quedaba establecida siempre en función de que estuvieran establecidos en la parte alta o baja de la *marca,* porque el concepto de dualidad, determinado por la verticalidad del espacio, fue fundamental en la organización de las sociedades andinas. Lo de arriba se consideraba *Hanan* y, además,

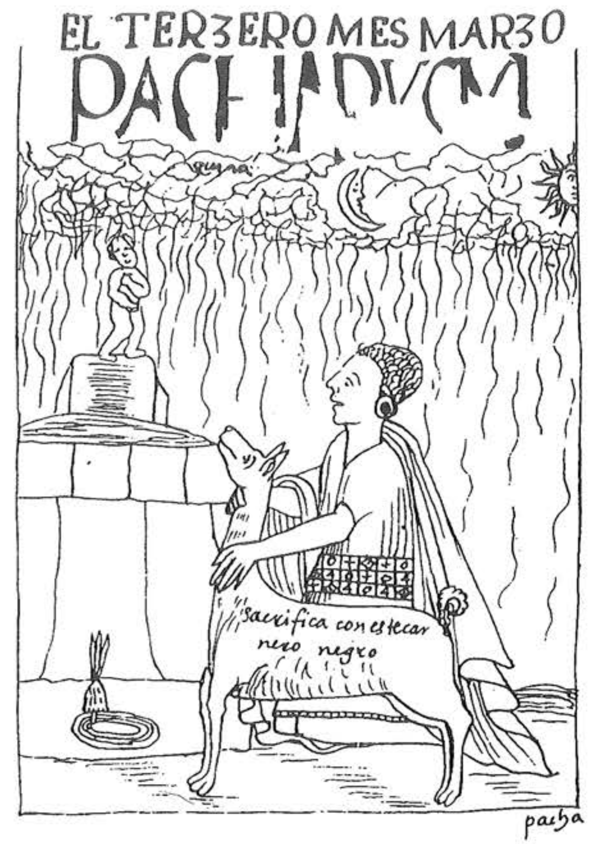
de esa connotación especial, se asimilaba a esta categoría todo lo que pertenececiera al ámbito masculino. Lo *Hurin* era lo de abajo, asociado a lo femenino. La división en mitades reproducía, con frecuencia, en su propia estructura una nueva división, regida cada una por un nuevo curaca.

Las tierras que constituían la *marca,* como propiedad del grupo, eran repartidas entre las comunidades familiares, siempre de acuerdo con las necesidades de éstas, en función del número de miembros que las integraban. La unidad agraria empleada como patrón para un reparto equitativo de los recursos era el *tupu,* cuya extensión variaba de unas regiones a otras, de acuerdo con el rendimiento de la tierra. Un *tupu* debía tener la superficie necesaria para que el mantenimiento de una pareja sin hijos estuviera asegurado. Cuando la familia crecía, se le adjudicaba un nuevo *tupu* por hijo. Pero no toda la tierra de la *marca* se adjudicaba a las familias; una parte de ella se reservaba para el mantenimiento del curaca y para obtener bienes excedentarios a cuya distribución tenían derecho todos los miembros del *ayllu;* y una tercera se destinaba a obtener los bienes necesarios para el mantenimiento de los cultos locales. El trabajo en común para los dioses estimulaba la capacidad de coherencia del grupo.

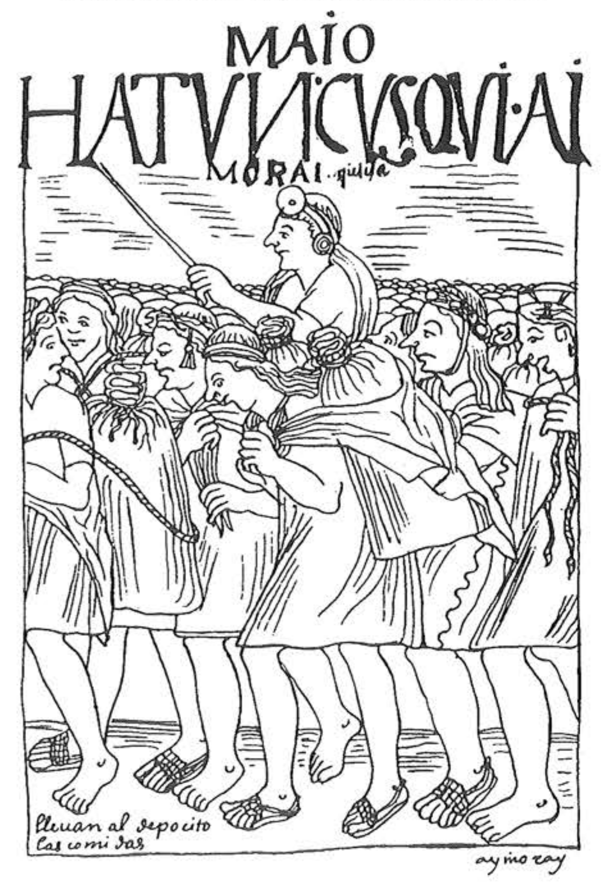
Sobre estos presupuestos de comportamiento social y económico actuaban los incas cuando incorporaban un nuevo territorio a su Estado. Les interesaba apropiarse de la tierra, pero necesitaban traspasar a sus propios fines el rendimiento del trabajo de unas gentes, que, por otra parte, seguían necesitando atender a su propio sustento. Y al necesitar de esa aportación de sus nuevos sujetos debían ofrecer a éstos algún estímulo y alguna compensación.

Respetaron la estructura de los ayllus, mantuvieron a los curacas como autoridades locales, aunque recortaron sus atribuciones, y toleraron los cultos propios de cada grupo. Para todo lo cual era necesario seguir disponiendo de tierras. Por esta razón, aunque en teoría el Estado se hacía propietario de toda la tierra, procedía a reproducir aquella división tripartita primitiva. Adjudicaba a los ayllus una parte, en la que entraban, también, lotes que correspondían a los curacas y al culto locales. Y dividía el resto, reservando una extensión de ellas para mantener las necesidades estatales, y entre ellas, al propio grupo inca y sus gobernantes, y otra para sostener el culto estatal que impusieron a todos sus súbditos.

La explotación de las tierras, pastos, bos-



Otros dos grabados de Poma de Ayala relativos a los meses de marzo y mayo y sus festividades religiosas



ques, cocales y minas era controlada directamente por el Estado. El resto de los trabajos agrícolas seguían siendo dirigidos por los curacas, tanto en el lote del pueblo, como en los del Estado y el Sol, y éstos eran los responsables del rendimiento de sus propios sujetos ante los funcionarios y administradores pertenecientes a la élite inca, que se les imponían como autoridades superiores.

La creación de nuevas tierras de cultivos, generalmente a base de aplanamientos, aterrazamientos, establecimiento de redes hidráulicas, la construcción de depósitos y almacenes, de los extraordinarios caminos que permitieron una fácil comunicación de todos los pueblos del Imperio, de nuevas ciudades donde se asentaban los centros de la administración inca y los templos del culto estatal, requerían un trabajo suplementario para los *hatun runa,* la masa de tributarios, que estaban obligados a la prestación permanente de su trabajo en beneficio del Estado.

En esta nueva esfera, no era suficiente, ni posible, regular las actividades de acuerdo con el antiguo sistema de producción, que siguió funcionando para la explotación de las llamadas tierras del pueblo, en beneficio de los propios ayllus, cuya autosuficiencia económica era de vital importancia para evitar cargas al nuevo Estado. Era necesario crear otros mecanismos nuevos y eficientes, que también se basaran en comportamientos anteriores.

En primer lugar les fue necesario llevar a cabo una política demográfica que asegurara la abundancia de mano de obra (aunque cuidando siempre de no romper el equilibrio entre recursos y consumidores), y un control absoluto de las poblaciones, teniendo en cuenta la edad y el sexo de los miembros para adjudicar los trabajos de acuerdo con sus capacidades.

En los ayllus, la división de sus miembros por grupos de edad había sido tenida en cuenta siempre para esos mismos fines. Los grupos de edad —objeto hoy de un interés especial para la moderna sociología— fueron el punto de partida de la organización demográfica de Tahuantinsuyu.

De todos esos grupos, la base fundamental del nuevo sistema de organización laboral era el de los varones, cabezas de familia, hasta una edad aproximada de cincuenta años. Se les denominaba, por estar en la edad de óptimas condiciones físicas, *auca,* «el que está en edad de llevar armas», o *purej,* «el que camina». A ellos se les encomendó la realización de los trabajos de máxima responsabilidad. Su número, como el de las personas del resto de los grupos, era objeto de un control absoluto, llevado a cabo mediante un sistema de contabilidad, que sin disponer de instrumentos sofisticados proporcionaba los datos más seguros y fiables. Los *quipus,* o registros de nudos, hechos con cordeles de diferentes colores y longitudes, informaban con toda exactitud del número de personas, de sus edades y sexo, existentes en cada ayllu.

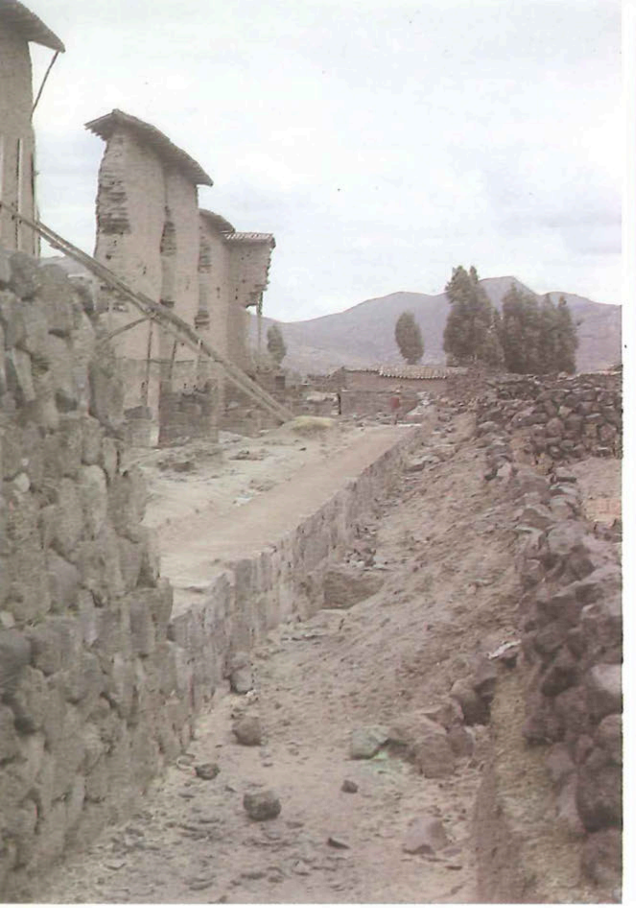
Los *purej* fueron la base de todo un sistema de organización decimal, consistente en la creación de equipos de trabajo, integrados como núcleo principal por 100 individuos.

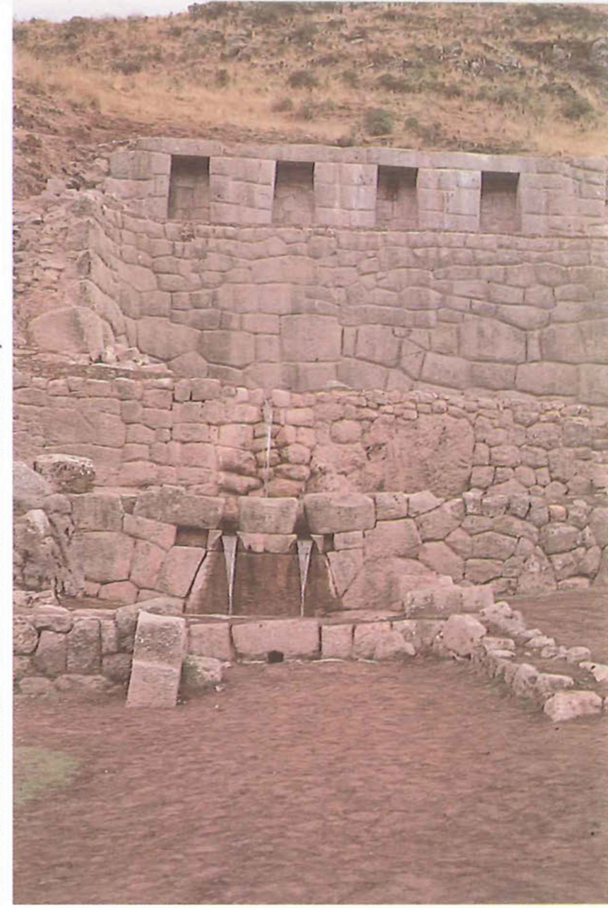
Este grupo, una *pachaca,* se asimilaba por su número al ayllu, aunque son formaciones de carácter muy distinto. Este es una verdadera institución de la sociedad, mientras que la *pachaca* es una simple agrupación artificial con fines laborales. En su afán por no desintegrar las sociedades originarias, los incas constituyeron las *pachacas,* tratando de no dividir en varias de ellas a los miembros de un mismo ayllu. De esta forma se mantuvieron las estructuras sociales de las comunidades andinas, que pudieron conservar sus propias tradiciones. Las *pachacas* podían agruparse, a su vez, hasta alcanzar un número de 10.000 tributarios, o dividirse en equipos más pequeños, hasta el de cinco trabajadores.

Que la fuerza del trabajo era decisiva en la organización del Estado lo pone de relieve el hecho de que las demarcaciones administrativas, incrustadas en la estructura geopolítica de los cuatro *suyos* o regiones del Imperio, se establecían no según un criterio geográfico o territorial, sino demográfico. 40.000 trabajadores, es decir, 40.000 familias, o mejor dicho, la tierra que pudieran trabajar, para extraer de ella su propio sustento, más los recursos que en grandes cantidades se adjudicaba el Estado, constituían un *huamari* o provincia, regida por funcionarios pertenecientes a la élite dominante. Por esta razón, el equilibrio entre el potencial de recursos y el potencial demográfico no podía romperse.

Los excedentes que pudieran producirse en un *huamari* debían ser trasladados a otro donde se planteara una situación de déficit, completando con los procedentes de varios una nueva demarcación administrativa territorial. Estos individuos, trasladados como componentes de grupos familiares, cumplían, así, una función de carácter indudablemente económico, aunque no fueran únicamente razones demográficas o económicas las que impulsaron esta política de traslados.

Se tenían en cuenta, también, las de índole





Tres muestras de otros tantos centros incas: arriba, izquierda, *ruinas de Raqchi;* arriba, derecha, *Tambo Machay;* abajo, *rocas talladas en Chinchero. Los tres lugares están próximos a Cuzco*

política: la búsqueda de la seguridad y el respeto absoluto a la hegemonía del Cuzco, movieron al Sapay Inca, el inca por excelencia, representante del Estado, a implantar en las regiones recién conquistadas gentes de fidelidad acreditada. El traslado de estos grupos, los *mitimaes,* no suponía, sin embargo, la desorganización de sus comunidades de origen, porque siempre siguieron manteniendo sus vínculos de parentesco y sus derechos a la tierra que habían abandonado, ya fuera de modo temporal o definitivo. Seguían comportándose en su nuevo asentamiento, aun en su calidad de foráneos, como grupo étnico independiente, al que se permitía mantener sus propios *curacas.*

Unicamente los pertenecientes al grupo inca quedaban fuera de esta organización decimal y de mitimaes. Pero la estructura interna de su propia sociedad también respondía a los mismos criterios. En la sociedad cuzqueña cada nuevo soberano era fundador de un *ayllu,* en el que se iban integrando los descendientes de todo su linaje, hijos e hijas, con exclusión del que sería su sucesor en el poder. Estos ayllus reales recibían el nombre de *panacas,* y de entre los miembros de la que cada uno creaba, o de la de su padre , extraía el nuevo Sapay Inca los funcionarios de más alto rango, para los puestos de mayor responsabilidad. La descendencia de los soberanos incas era muy numerosa, porque, además, de la *coya,* o esposa legítima —que a partir de Pachacuti era una de sus hermanas—, tomaban como concubinas a otras muchas mujeres de su estirpe y a una de las hijas de cada nuevo gran curaca, sometido a su obediencia, con el que establecían, de este modo, lazos de compromiso que facilitaban unas relaciones políticas más firmes.

También la población inca se organizaba en grupos de edades, masculinos y femeninos, y todos ellos vivían a costa de los recursos del Estado, que el soberano distribuía entre ellos de forma generosa, al igual que entre los miembros de las élites regionales, que constituían un grupo privilegiado en la sociedad del Tahuantinsuyu, relacionados muchas veces con los propios incas, a través de enlaces matrimoniales, pero nunca integrados absolutamente en la casta de los conquistadores.

El reconocimiento de esta categoría social superior de los curacas, y de un cierto nivel de autoridad sobre sus propios antiguos sujetos, la concesión de honores y riquezas, garantizaba la colaboración que éstos prestaban al Estado, proporcionándole una mano de obra laboriosa y bien disciplinada. La habilidad política de los incas consistió en que esa colaboración no representó pera el *hatun runa* la pérdida absoluta de sus derechos a acceder a los recursos de sus tierras, ni el abandono de sus propias creencias y el culto a sus propias divinidades protectoras, a las que siguieron manteniendo con el esfuerzo de su trabajo.

La idea de que trabajaban para ellos justificaba el esfuerzo que esto representaba. Y cuando tuvieron que mantener un número mayor de dioses y de templos, esa idea siguió siendo válida. Los incas, que legitimaron sus conquistas invocando su condición de pueblo elegido por la divinidad, y cuyos soberanos accedían al poder en virtud de la designación por su padre, el Sol, del heredero escogido entre todos los hijos del Sapay Inca anterior, supieron aprovechar en su propio beneficio esa actitud de profundo respeto por lo sagrado que imbuía todas las actividades de los *hatun runa.*

Creencias y prácticas religiosas de las sociedades andinas

A partir de las lecturas de las crónicas y los documentos, y de la observación directa de las comunidades campesinas de los Andes, a las que los modernos antropólogos dedican numerosos trabajos, se advierte que una actitud generalizada de profundo sentimiento religioso informa todas las actividades cotidianas de estos pueblos.

Es cierto que en la historiografía del siglo XVI se insiste en que los incas impusieron a todos sus súbditos una religión oficial, un culto estatal que tenía como eje central la reverencia al Sol. Pero no fue ésta su única expresión o manifestación religiosa.

Existía, y subsistía, porque los incas lo permitieron, una religión popular, que, aunque nacida de una misma actitud ante la naturaleza, la tierra, los animales... tenía diferentes manifestaciones en cada pueblo.

Los mitos cosmogónicos que explicaban el origen del mundo, de los hombres, de las plantas y de los animales son diversos, y varían de sentido dependiendo de las características geográficas y ecológicas del lugar donde surgieron. Pero, al parecer, sólo los incas fueron capaces de elaborar una versión que recogiera y sistematizara unas ideas sobre la creación de su propio universo.

En la región de Huarochiri, por ejemplo, la región serrana próxima a Lima, se recogieron

alrededor de 1.600 tradiciones en las que sus habitantes recordaban su pasado. Es un texto escrito en quechua y que sin duda refleja sin ningún tipo de tergiversación el modo de pensar, de sentir y de expresarse de los indígenas. Pues bien, en un pasaje de él se afirma: *Hemos contado la vida del mundo antiguo, pero no sabemos cómo apareció en ese tiempo el hombre, en qué sitio apareció y cómo luego de aparecido, en esos tiempos, vivieron odiándose, luchando entre ellos.* Sólo en un capítulo posterior asignan a una divinidad, Cuniraya Viracocha, la creación de la naturaleza, los animales y las tierras de cultivo, *para que el hombre pudiese vivir.* La creación del hombre como especie no es considerada, solamente la de determinados individuos mencionados como héroes-padres de distintos pueblos, o de grupos humanos como colectividad, que toman posesión de diferentes lugares. En otro pasaje se dice simplemente que éstos aparecieron de la quinua.

La idea de Viracocha

Y es que esa idea del nacimiento de los hombres, ya constituidos en grupos, es uno de los rasgos característicos que recogen las diferentes versiones, ya elaboradas por los sabios *amautas* en tiempos de los incas, que nos han transmitido los cronistas.

También, la referencia a la existencia de más de una creación, después de la destrucción de humanidades anteriores, es constante en ellas, al igual que la creencia de que la definitiva, que dio lugar al poblamiento de toda la tierra, había tenido lugar en la región del Collao, en el lago Titicaca, y a partir de la piedra como elemento primigenio, animada por el hálito de un *Señor* que llamaron Con Ticci Viracocha. El clérigo Molinas, al que ya hemos mencionado, no da ningún nombre específico a este *Hacedor,* y, en cambio, emplea el nombre de Viracocha como un apelativo complementario para designar a dos *hijos* del Hacedor.

De nuevo volveremos sobre este tema y este nombre, pero no sin antes destacar que, refiriéndose o no a su acción y a su mandato, se mantuvo en todos los pueblos andinos, y no sólo entre los incas, la idea de que los hombres habían surgido del interior de la tierra, a través de huecos, lagunas, cuevas o manantiales.

El hombre se sentía como una emanación de la naturaleza misma, y su vinculación con ella, especialmente en la tierra donde se asentaba y con el lugar de donde creía haber salido de su interior, condicionaba todas las actividades de su vida. Pero la identificación del hombre con la tierra, que le proporcionaba todo su sustento, no generó el sentimiento de su propiedad privada e individualizada. El hombre formaba parte de una comunidad y la tierra era considerada como un bien colectivo. Eran sus productos los que constituían su verdadera propiedad. La tierra misma, La Pachamama, era sagrada.

El problema del culto a Viracocha como divinidad creadora es un tema que siempre ha sido objeto de estudios e interpretaciones y que se debate actualmente en tesis contrapuestas. La idea de que los evangelizadores españoles modificaron la interpretación de todo lo referente al mismo, en su afán de encontrar un modo comprensible a los indígenas para su catequesis, asimilándolo a la idea de un dios único, cobra cada día mayor fuerza.

Lo cierto es que en las crónicas más teñidas de la mentalidad occidental es en las que se encuentra la referencia a una divinidad llamada escuetamente Viracocha. Pero en las que reflejan la mentalidad andina, es éste un término que aparece siempre calificando a otro. Hemos visto en Betanzos, que parece estar traduciendo directamente el relato de los descendientes de los incas, la mención a Ticci Viracocha y en el texto quechua de Huarochiri se habla de Cuniraya Viracocha. Molina, que también escribe a partir de relatos de indígenas, llama a los hijos del Hacedor *Ymaymana Viracocha* y *Tocapo Viracocha.*

En otros autores (Sarmiento de Gamboa y fray Bartolomé de las Casas) se menciona a un tercero, *Teguapaca Viracocha,* que al actuar contra los mandatos de su padre es eliminado por éste arrojándolo al Titicaca o al mar. En todo caso, a una masa profunda de agua. Desde una metodología basada en el estructuralismo, Henrique Urbano interpreta la significación de estos Viracochas, hijos o criados de un ser superior del mismo nombre, como expresión de una trifuncionalidad de la acción cultural que informó los rasgos propios de los pueblos andinos: el principal representaría la sabiduría y el ordenamiento del mundo; el segundo, el rito y el culto; el tercero, la agricultura y las artes mágico-curativas. Las mismas funciones con las que identifica la acción de los hermanos Ayar. Para él, ambos ciclos míticos expresan una misma concepción de la idea que los hombres de los Andes tenían sobre el proceso de su pasado cultural e histórico.

En cuanto a los cronistas indígenas, Juan de Santa Cruz Pachacuti acompaña siempre el término Viracocha a otros nombres: *Pachayachachi*, o *Inti* (el nombre quechua del Sol), *Tonapa* o *Tarapaca* y *Ticci Capac.* Don Diego de Castro Titocusi Yupanqui, hijo de Manco II, el inca reconocido por Francisco Pizarro, afirma que Viracochan (siempre con la terminación *n*, que indica una fórmula de respeto, y que también emplea constantemente Pachacuti Yamqui) quiere decir, simplemente, dios; *Atun Viracochan,* gran dios, y que si a los españoles se les aplicó este calificativo en los primeros momentos de la llegada al Perú fue *por la excelencia y parecer de sus pendones, y mucha diferencia entre unos y otros, porque unos eran de barbas negras y otros bermejas.* Finalmente, define las cualidades que distinguen al Viracocha: *Puede allanar los cerros, secar las aguas, hacer cerros donde no los hay; no hace mal a nadie.* Y por último, el cronista andino por excelencia, el indio Felipe Guamán Poma de Ayala, que podría haber recogido las noticias más precisas sobre una divinidad superior llamada *Viracocha,* incluye este vocablo asimilando, también, su significado a personas con rasgos diferenciadores de los del común, por supuesto a los españoles, pero también a cualquier otro extranjero *judío, moro, turco, inglés o francés.* Aunque se lamenta de que ésta es una deformación de la costumbre porque también a los indios se les debe aplicar este nombre. Y en la única invocación a Viracocha como divinidad, en una oración quechua completa curiosamente con este apelativo los nombres de Ticze caylla para añadir después el término castellano *dios.* Y él mismo traduce esta expresión: *Ticze caylla vira cocha dios* como *oh Dios mío español, hacedor de los hombres y del mundo...*

Parece querer excluir la palabra Viracocha de los nombres del Hacedor, hasta el punto de que en el texto que acompaña a la lámina 234 con que ilustra las ceremonias del mes de octubre, en la festividad del agua, dibuja una llama con la leyenda: *Carnero negro, ayuda a llorar y a pedir agua a dios con la hambre que tiene.* Y debajo: *procesión que piden agua a dios Runa Camag* (creador del hombre).

En todo caso, el nombre de Viracocha se aplicó en el área central andina para determinar la categoría superior de una divinidad capaz de crear y, desde luego, de ordenar el mundo. Pero ésta no fue una creencia propia o exclusiva de los incas. Esta divinidad con atributos de creador había sido venerada desde antiguo en todos los Andes, dándole nombres distintos. *Con,* aunque de procedencia nórdica fue específicamente adorado en la costa de la región de Lima, aunque aquí el nombre de *Pachacamac* tuviera una más clara significación para mencionar a la fuerza que anima a la tierra. En los valles del antiguo reino de Moche se adoró a *Chicapaec* y *Aiapaec;* en la sierra de Huamachuco, al sur de Cajamarca, a *Ataquchu;* y en una amplia región entre Chavin y Ayacucho, a *Huari.* Como veíamos antes, en Huarochiri se adjudicaban funciones creadoras y ordenadoras a un *Cuniraya Viracochaca* (así en la expresión original en quechua).

La jerarquía de los dioses

En la creencia de los pueblos andinos, en ese universo creado y ordenado, actuaban en diferentes planos y con distintas funciones una serie de espíritus superiores, que regían las fuerzas de la naturaleza y podían facilitar al hombre su sustento, su seguridad y su propia supervivencia como grupos. Unos actuaban en el plano celeste, otros en la propia tierra donde vivían los hombres, y otros, en el mundo subterráneo, lugar de procedencia y destino final de esos mismos hombres después de su muerte. Los antepasados míticos de cada pueblo, los conductores de antiguas migraciones que los habían guiado a sus asientos definitivos, cobraban, también, un carácter sagrado como sus protectores, al igual que la cueva, el manantial o la laguna de donde creían proceder.

La renovación y los rituales en honor de cada uno de estos espíritus o fuerzas superiores, de estos héroes divinizados, a los que se daba el nombre genérico de *huacas,* constituía la base de una religión popular, cuya continuidad fue tolerada por los incas después de las conquistas sucesivas. Sin duda, porque esa religión y esos rituales impulsaban las actividades productivas de unas gentes que el Estado inca necesitaba aprovechar de forma inexcusable.

Al tolerar esa continuidad de los cultos locales, los incas llevaron a cabo una empresa tan importante como la de su propia organización política, militar y económica. La de la organización y la jerarquización de una religión de rasgos y características muy diversas. No sólo impusieron una religión de Estado, basada en el culto solar porque ellos consideraban al sol como su huaca principal, al considerarse sus hijos y descendientes directos.

Fachada del llamado templo *de Viracocha, en Raqchi* (arriba). *El* intihuatana *de Macchu Picchu* (abajo)

Sus sabios amautas establecieron un verdadero panteón, con una jerarquía en la importancia del culto a esas fuerzas de la naturaleza, a muchas de los cuales ellos mismos adoraban porque no en vano procedían de una tradición cultural panandina o, bien, como tantos otros pueblos conquistadores, se adueñaron al asimilarlas y difundirlas como propias, leyendas y tradiciones que llegaron a constituir el *corpus* de su propia ideología religiosa.

La elaboración intelectualizada de todas esas creencias empezó por definir una idea del espacio. Idea que en la mentalidad popular se expresaba en la diferenciación siempre finalista de lo de arriba (Hanan) y lo de abajo (Hurín) o lo de la derecha (Ichoc) y lo de la izquierda (Allauca), lo de adentro y lo de afuera. Ellos crearon la idea de un espacio más abstracto, casi geométrico, hacia los cuatro puntos cardinales partiendo del centro del Cuzco y desarrollando el esquema de una cuadripartición, que derivada de la idea de la dualidad, era también común a todos los habitantes de los Andes. Esa cuadripartición del espacio propio, ampliándolo a todo el universo, se extendió a todo el Imperio que era el de los cuatro rumbos, el Tahuantinsuyu.

En el plano vertical también el espacio tuvo una estructura, en este caso tripartita, en cuya armoniosa relación se asentaba el equilibrio del universo. El *Hanan Pacha,* o mundo celeste de arriba, el *Kai Pacha,* o mundo de aquí, la verdadera Pachamama, la tierra donde vivían los hombres, de donde procedía todo su sustento, y el *Ujku Pacha,* o mundo de adentro. El mundo subterráneo de donde procede el agua, la lava de los volcanes, donde germinan las semillas y donde están los muertos.

En cada uno de ellos actuaban fuerzas y espíritus diferentes y su posición en ellos determinaba su jerarquía. En tiempos de los incas, presidido todo por la figura del Hacedor, los dioses principales eran los del plano celeste. En él, el Sol ocupó el lugar más excelente. Y aunque su culto adquiriera en esos momentos (y ésta fue, sin duda, una innovación de los incas) una complejidad y una riqueza extraordinaria, no fue desconocido de otros grupos, ni desatendido en el nivel de las que podemos llamar religiones campesinas o populares. Sin la magnificencia de los templos que le levantaron los incas, sin el solemne ceremonial que al amparo de la protección del Estado se celebraba en el Cuzco Imperial, siguió rindiéndosele un culto, ya en el período colonial y con rituales celebrados de forma clandestina, en muchos lugares en donde la forma de vida siguió siendo la propia de comunidades agrarias. Y no olvidemos que ese fue el primer carácter que tuvo el grupo étnico inca antes de convertirse en el dominador de los Andes.

Junto al sol, al *Inti* al que consideraban como padre cada uno de los Sapay Inca o soberano del Imperio, la luna, *Quilla,* ocupaba ese rango superior, asumiendo la protección de todo lo referente al universo femenino, asociado a lo Hurin, como el sol lo estuvo a lo masculino, lo Hanan. Su importancia derivaba no sólo del hecho de que fuera considerado, según algunos testimonios, como hermana o esposa del sol, y de que su culto estuviera regido por la *coya,* hermana o esposa de Sapay Inca, sino, sobre todo, porque a partir de su observación, los *amautas* de los incas establecieron la forma de medir el paso cambiante del tiempo. La sucesión de los ciclos lunares constituía una referencia más clara y más concreta, más continua, que la observación del ciclo solar. Aunque, sin duda, su conocimiento de los solsticios y equinoccios fue de una gran precisión, y sirvieron no sólo para marcar los puntos culminantes de ese ritual estatal, sino, también, para establecer, y esto era muy importante, los ciclos agrícolas y ganaderos.

Pero en relación a la ganadería, las divinidades celestes a las que se atribuía la función de su protección y, en ocasiones ellas eran su propio origen divino, eran las estrellas. Garcilaso de la Vega afirma que para los indios del Collao, región ganadera por excelencia, la divinidad principal era un carnero blanco, que les había proveído de su principal riqueza, las llamas. Distintas constelaciones se creía que eran las protectoras de los animales salvajes. Aunque en otros lugares el origen de los auquénidos se asociara a las lagunas al igual que algunos grupos humanos. De ahí, que la asociación de los humanos a las llamas determinara su utilización en mucha mayor medida y quizá con un carácter sustitutorio de éstas, junto a personas como víctimas de los sacrificios y ofrendas que exigía el ritual.

Junto al sol, la luna y las estrellas, tuvieron otra deidad que dominaba la región de las nubes. Se le daba el nombre de *Illapa,* en el sur, y *Libiac,* en el norte. Dios del trueno y del rayo, fue interpretado por los cronistas españoles como una trinidad de dioses diferentes para las tres manifestaciones de un mismo fenómeno atmosférico: trueno, relámpago y rayo.

Es también una deidad asociada al agua en sus formas de lluvia y granizo, que acompa-

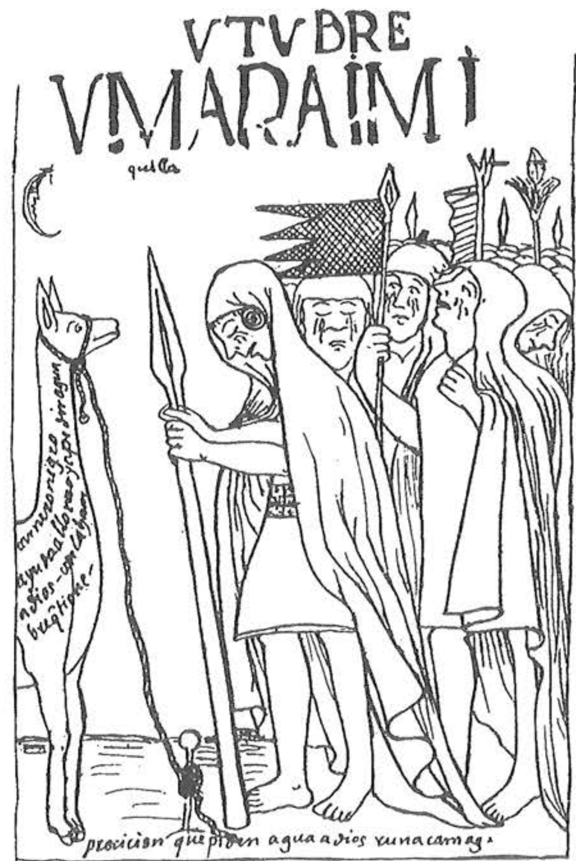
ñan generalmente a las tormentas. A veces se le representa con apariencia humana en la figura de un hombre que lleva una porra en una mano y una honda en la otra, como alusión al trueno y al rayo. Es posible que también estuviera asociado con el viento, que no se menciona nunca como una fuerza divina. En las comunidades donde la población era biétnica, pastores y agricultores, éstos, los primeros, que se llamaban a sí mismos *llacuaces*, lo adoraban porque creían descender de él, al rayo, asociando así el agua al ganado. Los agricultores se llamaban a sí mismos *huari* y adoraban al sol, porque al igual que los incas se creían descencientes de él.

Finalmente, el Arco Iris ocupaba en la jerarquía de las deidades celestes un lugar importante, apareciendo, a veces, como uno de los símbolos del propio *Sapay inca*, aunque tuvo formas de culto que no estaban relacionadas con la figura del soberano y que sobreviven aún hoy en creencias populares. Una introducción típica y exclusivamente inca en los panteones andinos es la que supuso el culto a dos deidades asimiladas a la clase dirigente. El dios *Punchao* como una representación humanizada del Sol era el sol naciente o el sol del día.

Su ídolo, realizado en oro —porque el oro es uno de los atributos solares—, pudo ser trasladado a Vilcabamba por Manco II, y allí representó el centro de los últimos vestigios del ceremonial estatal incaico. El virrey Toledo, que lo recuperó cuando capturó a Tupac Amaru, lo describe en una carta al rey Felipe II: *Es de oro, vaciado con un corazón de masa en una cajica de oro dentro del cuerpo del ídolo. Y la masa es polvo de los corazones de los incas pasados*. La riqueza y el brillo del material, cuando el ídolo era expuesto bajo los rayos del sol, despedía tal resplandor que la figura propiamente dicha quedaba desdibujada a la vista.

La otra divinidad, que aunque no pertenecía al plano celeste se asociaba a esta jerarquía superior, también representada en forma humana y asociada a los incas, en relación con su condición de guerreros, era la protectora de éstos en sus batallas. Un dios de la guerra establecido por Pachacuti. Juan Díaz de Betanzos es el único autor que lo menciona. Era *un ídolo pequeño, que un hombre lo lleva en las manos sin pena, el cual ídolo era*





Agosto, tiempo de siembra: octubre, peticion de lluvias (grabados de Poma de Ayala)

de oro hecho para en que ellos adorasen mediante que la guerra durase y ellos en ella anduviesen. Al cual ídolo adoraban como dios de las batallas e llamáronlo Cacha. Su cuidado quedó encomendado, en un primer momento, a un pariente próximo del Inca, que debía ser el portador de la imagen en cada batalla, adornado con los mismos atributos de la divinidad. Después su custodia se confió a los descendientes de Yamque Yupanqui, hijo de Pachacuti, que gozaron de este honor hasta los tiempos de la conquista. No es de extrañar que su culto desapareciera rápidamente a partir de ese momento, porque ya no tenía razón de ser, y porque, probablemente, su ídolo fuera una de las muchas piezas que se fundieron en los repartos del botín del Cuzco.

Las huacas

En la jerarquía de los dioses terrestres, y de los dioses del inframundo hay que situar a las *huacas,* el elemento más representativo de los cultos andinos en su nivel popular, aunque también esta denominación se empleaba, o al menos en las crónicas se menciona así, para calificar a las deidades celestes. La significación de la *huaca* es compleja y ambigua.

En general se consideraba *huaca,* aunque también se empleaba para designar esta misma categoría la de *villac,* a todo lo relacionado con lo sagrado, ya fuera un objeto o un lugar. Muchos autores, los mismos cronistas, buscan el origen de este término en el verbo *huaccari,* gemir o llorar, porque esta actitud era la que adoptaban los pueblos andinos en tiempos de los incas para reverenciar todo lo sagrado. Pero no se debe olvidar que hay otra expresión *huaccaychany,* que significa guardar, tener guarda, y que generalmente la función de la *huaca* se identifica con la de la protección.

Quizá, por esta razón, las divinidades superiores tenían también esa consideración de huacas, porque de ellas, como de las del Kai Pacha, dependía la abundancia y la seguridad de las cosechas y de los rebaños.

Pero era de la tierra de donde, en último extremo, procedían todos estos bienes necesarios para el sustento de la humanidad. Y en la tierra andina la presencia constante de las montañas, de los cerros, en la propia terminología de sus gentes, aún en la actualidad, ejercieron siempre un influjo especial que se manifestó en la sacralización de que fueron objeto.

Constituían la referencia más inmediata de su propio espacio de ocupación, ya fueran tierras de cultivo o de pasto; en sus entrañas se encontraban las fuerzas del agua y se escondían las riquezas minerales. En las huacas-cerro se asentaban los espíritus protectores de los hombres, de sus ganados y de sus cosechas. Con ellas se identificaban los antepasados fundadores de los ayllus, que fueron las que decidieron su asentamiento en ese espacio, y desde sus alturas, seguían velando por su supervivencia.

Cada cerro, cada roca de aspecto singular, cada formación de la naturaleza que ofreciera una apariencia inusual, se consideraba *huaca* y podía ser la forma adquirida por un antepasado o un héroe cultural en el momento de su muerte, y cada grupo o comunidad tenía su propia huaca protectora, identificada con esos cerros o rocas, o a veces con una representación escultórica más o menos realista.

La relación del hombre con sus huacas era muy estrecha, y su organización reflejaba la propia organización de las sociedades humanas. Como las divinidades de los panteones del mundo clásico en el viejo mundo, protagonizaban enfrentamientos entre sí, procreaban y constituían verdaderas familias. Sus estructuras de parentesco reflejaban, o se reflejaban, en la organización social de los hombres, y su jerarquía venía determinada por el rango de sus funciones, que se adjudicaban de acuerdo con esas relaciones de parentesco.

Por eso había huacas femeninas y masculinas, a veces constituyendo parejas de hermanos con hermanas, madres con hijas, raramente esposos. Actuaban unas veces de forma conjunta, otras en posiciones antagónicas, pero siempre complementarias.

En ellas se advierte la presencia de ese concepto tan andino de la dualidad, jugando un papel de oposición y complementariedad, lo femenino frente a lo masculino, o de adentro con lo de afuera, confundiéndose ambas, a veces, en una misma acción, como en el caso de la Pachamama, concepto femenino por excelencia de la tierra, penetrada por el espíritu masculino de los cerros que la fecundan a través del agua.

El agua misma pudo actuar desde arriba, regida por el rayo en forma de lluvia, pero abajo se identificaba con las lagunas, origen, y a veces fin, de huacas, hombres y animales. Huacas ellas mismas, como la del Titicaca, origen primero de la humanidad andina, o las de Conococha, Chochococha o Chinchaycocha —el actual lago de Junín—, al que las

Pachacamac, uno de los centros religiosos más importantes, tal y como ha sido restaurado en fechas recientes (arriba). *Maqueta del* Coricancha (abajo)

gentes de la región consideraban el origen de los auquénidos.

Las *cochas* o lagunas, las fuentes o *puquios,* las corrientes subterráneas, establecían la relación entre el *mundo de abajo* y *el mundo de aquí.* El culto al agua, en riquísimas y variadas manifestaciones, alcanzó en el ámbito del Tahuantinsuyo una importancia excepcional. Las huacas protectoras de sus fuentes, de las acequias de riego, de los diques de los reservorios construidos en la compleja red hidráulica, centraban rituales propios de cada grupo étnico.

La relación del agua del mar, la *Mamacocha,* con las aguas serranas se cuidaba con especial atención. Los incas rellenaron la laguna desecada sobre la que construyeron su gran plaza ceremonial, en el centro del Cuzco, con arena llevada desde el mar, y desde todos los puntos del Imperio. El licenciado Polo de Ondegardo explica la forma en que se organizó el traslado de esos materiales de relleno, que supuso un enorme esfuerzo para los súbditos de los incas.

Un claro rasgo de la bisexualidad de algunas huacas se advierte en las que regían la fuerza de otro elemento de la naturaleza. El fuego, que es rayo del cielo y lava en el interior de la tierra, aflora en la cima de los volcanes y, también, establece así la relación entre los tres planos del universo.

Una categoría especial de huacas, relacionado con el carácter sacralizado de la piedra, la constituían las *Huancas* o *Guancas.* Son monolitos de piedra clavados en el centro de los terrenos de cultivo, o en los límites de la demarcación de las tierras de un ayllu, la *marca,* o de las aldeas, la *llacta.* Su función era la de establecer la posesión de la tierra por el grupo, pero con frecuencia se identificaban con la figura del antepasado fundador, convertido en piedra a su muerte, y protector, como en otros lugares lo fueron los cerros, de toda su descendencia. Tenían así una significación política, marcaban los espacios sagrados y eran objeto de rituales propiciatorios de la fertilidad. Los mismos incas tuvieron, también, su propia *huanca.* Uno de los hermanos Ayar, Ayar Auca, en el momento de su llegada al Cuzco, según cuenta el mito, se convirtió en mojón de piedra en el lugar donde después se levantó el Coricancha, el gran templo del Sol.

También los lugares del culto, templos o adoratorios, eran *huacas.* Los incas levantaron templos solares en todos los centros administrativos que iban creando. Pero al igual que respetaban las huacas-ídolos de los pueblos que conquistaron, cuyas réplicas eran trasladadas al Cuzco, protegieron los cultos de los santuarios regionales, siempre que esos cultos no entrañaran ninguna amenaza para la integridad del Estado, asimilando algunos, los más prestigiosos, al ámbito del culto estatal, como sucedió con la de *Pachacamac,* la más importante para los pueblos costeños. Y es que en el texto de los mitos andinos las confrontaciones de pueblos aparecen más bien como confrontaciones de huacas.

Los Sapay Inca en sus campañas de conquista recurrían, con frecuencia, a las alianzas con las huacas y, en consecuencia, con los fieles de cada santuario. Los mitos de Huarochiri relatan la alianza de Tupac Inca Yupanqui con Pariacaca, la huaca principal de la región, y con la de Pachacamac. Como contrapartida, la represión contra un pueblo alcanzaba su máxima dureza cuando el Inca arrasaba la huaca. Es un hecho comprobado históricamente, las acciones en este sentido protagonizadas por Atau Huallpa, en Huamachuco, y por Manco II, en Yauja.

El ordenamiento espacial de las huacas y su jerarquía, establecida de acuerdo con sus funciones y con el prestigio o con la categoría de sus cuidadores, regían las relaciones sociales de los grupos étnicos en sus respectivos territorios, y determinaban el ritmo de los rituales. Que el culto a las huacas fue tan importante en la vida de los incas y en la capital del Imperio como en la de los grandes señoríos regionales o pequeñas comunidades que sometieron, y que su religión no tuvo como único centro de interés el culto solar, lo demuestra la existencia y la importancia que tuvo toda una red de ellas, dispersas en la ciudad y en su periferia. Hasta un número de 328, cuyos nombres y características fueron recogidos por Polo de Ondegardo y cuya relación incluye en su obra el jesuita Bernabé Cobo, constituyeron un complejo sistema de demarcación de espacios, ajustados a la organización social de la propia capital. Estaban distribuidas a lo largo de líneas direccionales, no caminos, llamadas *ceques,* que convergían en el centro de la ciudad desde los cuatro puntos cardinales, es decir, desde los cuatro cuartos del Imperio. Y se incluyeron, con una significación calendárica —su número coincide con el de los días del ciclo lunar—, en un sistema de medición del tiempo y de los ciclos rituales, siendo algunas de ellas puntos de especial

importancia en las ceremonias correspondientes a cada mes. De esta forma, las huacas del Cuzco se integraron como un elemento fundamental en la religión estatal, que tenía como centro el Sol.

Los mallqui

En la categoría de las huacas, pero con connotaciones más propias y específicas, figuraban los *mallqui*. Eran los cadáveres sagrados y momificados de los fundadores de los ayllus, de los que con frecuencia las *huanca* eran sus dobles. Su jerarquía quedaba establecida por la importancia de sus propios ayllus.

Los *mallqui,* junto con las *huancas,* fueron después de la conquista, en pleno proceso evangelizador, las referencias más cercanas que los hombres de los Andes tuvieron sobre sus pasado cultural y continuaron centrando las ceremonias con que, de forma clandestina, mantenían sus propias formas de comportamiento, no tanto por su carácter religioso, sino por la profunda significación que tenían como perpetuación de comportamientos sociales y económicos.

Huancas y *mallquis* fueron objeto del interés de los evangelizadores españoles que percibieron la importancia que su conservación, y su culto, seguía teniendo para los indígenas. El fervor de los extirpadores de idolatrías tuvo como consecuencia la destrucción de la mayoría de ellos. Pero, también, en la documentación generada por los procesos abiertos contra los indios idólatras, que conservaban y veneraban su mallqui, encontramos la mejor información sobre la significación y la importancia de esta clase de huacas, y la forma de los rituales de su culto.

La conservación del cadáver del fundador era de vital importancia para los ayllus, porque ésta era la mejor forma de afirmar su propia identidad y de garantizar la cohesión del grupo, gracias a la veneración que todos le guardaban, y a los rituales que exigían la entrega continua de ofrendas, consistentes en recursos que debía proporcionar la tierra cultivada en común por todos sus miembros. La tierra y el ancestro estaban, así, íntimamente relacionados.

Las genealogías del *mallqui* y de sus dobles, las *huancas,* consideradas como petrificación de los antepasados, sobre todo si el cadáver de éste no se conservaba, han permitido reconstruir la genealogía de las ayllus, que configuraron muchos grupos étnicos.



Dos aspectos de la religiosidad de los incas en sendos grabados de Poma de Ayala





Los procesos de momificación debieron generar, en algunos casos, técnicas complicadas, pero en general el clima favorecía la conservación de los cadáveres, tanto en la costa como en la sierra, allí donde el régimen de lluvias no tuviera efectos destructores.

Los mallqui de los soberanos incas representaban la cúspide de esta clase de huacas. Aunque su culto y su cuidado estaban encomendados a los miembros de sus respectivas *panacas,* su veneración se extendía a todo el Imperio, en muchos de cuyos centros administrativos se conservaba una réplica de alguno de ellos. Los cronistas se refieren, con frecuencia, a estos *bultos* de los incas, réplicas de sus momias, instalados en santuarios oficiales.

Los *bultos,* a los que se incorporaban restos de las uñas y el cabello del soberano muerto, recibían la misma adoración que la momia misma. Y la presencia de ellos en los templos no cuzqueños significaba la legitimación de la incautación de las tierras que se asignaban al mantenimiento de la panaca del Inca respectivo. Cuando se hablaba, en tiempos coloniales, de las tierras de uno u otro soberano, de sus casas y servicio en diferentes lugares del Imperio, repetían la denominación que los indígenas les daban. Pero el producto de esas tierras se destinaba al consumo de toda la panaca bajo el pretexto de que eran destinados al mantenimiento de su mallqui.

Estos mallqui y los cuantiosos tesoros que constituían su ajuar y que se acumulaban en ofrendas continuas, fueron afanosamente buscados por los españoles, y muchos de ellos encontrados al fin en diferentes lugares. Su descripción nos permite conocer el aspecto que tuvieron y el perfecto estado de conservación en que se encontraban.

Pero no fueron sólo los cadáveres sagrados de los mallqui los que centraron los rituales funerarios. El culto a los muertos, aunque no tuvieran la categoría de huacas, tuvo en los Andes manifestaciones diferentes en cada región, pero igualmente importantes en todas ellas. También los muertos, como el agua, mantenían una vía de comunicación entre el Kay Pacha y el Ujku Pacha. Y esa comunicación debía mantenerse para asegurar el equilibrio del mundo.

Las conopas

En el ámbito local e, incluso, familiar, tuvo gran difusión la veneración a pequeños ídolos a los que se reverenciaba para propiciar la fecundidad de los seres vivos, tanto hombres como llamas, y la abundancia de las cosechas de todos los productos agrícolas. Solían ser representaciones, más o menos toscas, de aquello cuya abundancia se solicitaba. Eran las *conopas,* cuyo culto estaba íntimamente relacionado con el de los muertos, y que como éste, fue objeto de la persecución de los evangelizadores.

En los documentos coloniales se menciona a las conopas como dones de sus mallquis, antepasados que les proporcionarían toda clase de bienes, incluso ropas y metales preciosos. Por esta razón, eran consideradas como hermanas de su mallqui. Se mencionan *llamaconopas, saraconopas* (generadoras del maíz), *uchuconopa* (del ají o pimiento), *colqueconopa* (de la plata), *micuyconopa* (de la comida, éstas en forma de simple piedra redondeada); *papaconopa.* Y también, *runaconopa* (generadora de hombres) y *guarmiconopa* (generadora de mujeres). La existencia de estos dos últimos tipos parece excluir la creencia generalizadora del Hacedor Universal.

La riqueza de los dioses

El culto a todas estas divinidades exigió, siempre, la ofrenda de bienes suntuarios o de simple consumo, y en grandes cantidades. Hasta el punto de que en la primitiva división de las tierras de los ayllus, una parte de ellos, como veíamos, estaba destinada a estos fines.

Del carácter de los distintos rituales dependía la clase de las ofrendas, que generalmente se consumían en el fuego. El maíz, los tejidos y las llamas ocupaban un lugar preferente, junto con las hojas de coca y de los más importantes metales preciosos.

La obtención de todos estos productos requería de un esfuerzo económico considerable, y era preciso obtenerlos de tierras asignadas a ese fin, cultivadas por todos los miembros del ayllu y administradas por las autoridades locales.

Las *chacras* o tierras de cultivo y los rebaños de la comunidad, y el prestigio de las huacas dependían de la riqueza de sus tierras y de la abundancia de las ofrendas que recibían. Y esto de un modo casi continuo. Los rituales de fertilidad de campos y rebaños, de limpieza de acequias y los de carácter funerario consumían enormes cantidades de ropas, alimentos y animales.

El maíz se ofrecía quemado o transforma-

La fuente incaica de Raqchi (arriba). *La difícil geografía peruana obligó a los incas a realizar estas andenerías para poder cultivar las tierras* (abajo)

do en chicha, bebida fermentada que se derramaba sobre chacras y huacas. Cuando el Estado Inca implantó el culto estatal, le adjudicó una parte considerable en las tierras incautadas a los ayllus, aunque reservando a éstos, siempre, las chacras de sus propias huacas.

La importancia y frecuencia de las ceremonias que se celebraban en el Cuzco, en los centros administrativos del Imperio, y en los santuarios regionales protegidos por el Estado, supuso la necesidad de mantener un estricto control económico de *las tierras del Sol,* y la exigencia de vincular a éstas una mano de obra exclusiva con el fin de no mermar la que explotaba las del Estado.

Porque el culto oficial entrañaba no sólo las fiestas en honor del propio Sol, sino rituales de carácter calendárico y agrícola en cada uno de los meses del año, en los que se consumían riquezas increíbles. Centenares de llamas eran sacrificadas en cada uno de ellos para despejar con su sangre las huacas que centraban esos rituales, quemando después su carne en honor de los dioses.

Grandes cantidades de chicha eran derramadas y, también, consumidas durante las celebraciones por todo el pueblo. Los preciosos y ricos tejidos que se quemaban representaban infinidad de horas de trabajo y eran de una materia prima que por sí misma constituía un bien muy apreciado. Y por otra parte, el sustento de todas las personas que producían esos artículos y que desarrollaban el ritual, debía proveerse, también, de las tierras del Sol.

La madera que, como veíamos, era escasa, se ofrecía también en forma de palos cuidadosamente tallados y pintados. Todo requería un tiempo de trabajo, y el trabajo de los *hatunruna* era la verdadera riqueza del Estado, de la que los dioses consumían una buena parte.

Ese trabajo, que estimuló, en buena medida, el desarrollo de oficios especializados de tejedores, alfareros, orfebres, es decir, de unas artesanías de lujo, aparte del de los agricultores y pastores, se encomendó a personas que constituyeron unos grupos sociales, muy específicos, de hombres y mujeres.

Estas últimas fueron las llamadas *acllas* o escogidas, que vivían en edificios siempre anejos a los templos solares: los *acllahuasi* o casas de escogidos. Fue ésta una institución original del Imperio y una de las más importantes modificaciones introducidas por los incas en la organización de la sociedad tradicional, que reglamentó un porcentaje considerable de la población femenina. Institución mitificada por la literatura, porque en su origen, indiscutiblemente religioso, vieron los cronistas una significación más idealizada de la que en realidad tuvo.

Es cierto que la selección de estas mujeres, procedentes de todos los grupos y pertenecientes muchas de ellas a la clase de los hatunruna campesinos, siempre en edad de la pubertad, se hacía para que recibieran en los *acllahuasi* una educación esmerada que les permitiera acceder después a puestos destacados en la sociedad de las élites, y que muchas de ellas, después de su formación, quedaban vinculadas de manera vitalicia a los templos para atender a su cuidado y participar en las ceremonias como *vírgenes del Sol* o para formar a sucesivas generaciones de *escogidas.*

Pero no todas estaban destinadas a estas funciones. Sin embargo, durante su estancia en el *acllahuasi* trabajaban sin cesar en el hilado y tejido de las ropas que se consumían en las ceremonias religiosas, o las que usaba el Sapay Inca. Otras cuidaban de los rebaños del Sol o cultivaban sus campos. Pero muchas de ellas eran después entregadas como esposas o concubinas al propio Inca o a los miembros de las élites, cuzqueña y regionales, jugando, en este sentido, un papel muy importante en el ámbito político, al permitir a los incas regular las relaciones internas de los grandes curacas sometidos.

Otras muchas estuvieron destinadas a convertirse en esposas de los varones que integraban otro grupo social, que aunque no surgiera a impulsos del mantenimiento de la religión, tuvo en ella uno de sus destinos más frecuentes. Tanto si se trataba de atender a la hacienda del Sol, como si se destinaban al servicio de las panacas reales, siempre bajo el pretexto de que se les encomendaba el cuidado de las tierras destinadas a mantener el costoso culto de los *mallquis* reales. Eran los *yanas,* cuya existencia, en tiempos preincaicos, está documentada, como servidores perpetuos de los curacas, que disfrutaban de sus servicios estrictamente personales.

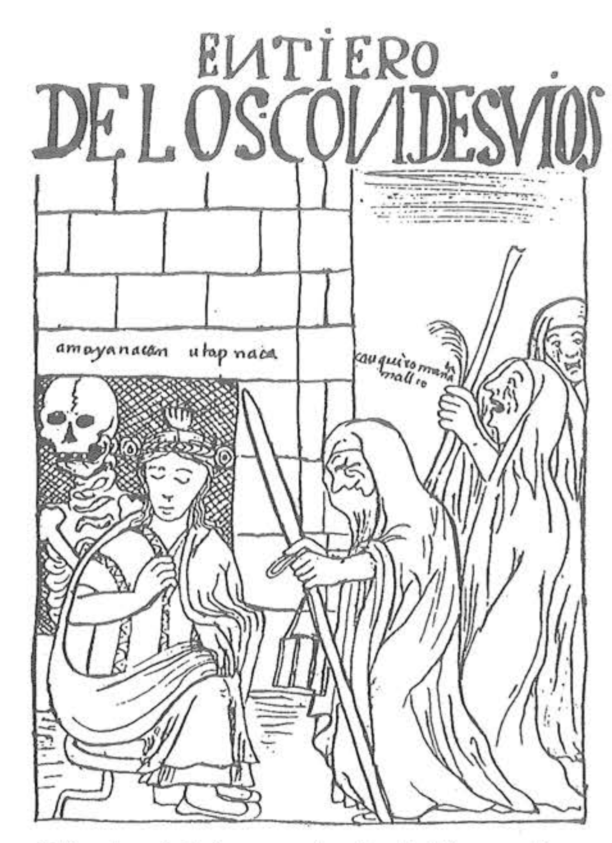
El Estado Inca institucionalizó esta tradición para disponer de una mano de obra ajena a la rígida organización decimal, que pudiera ser adscrita al servicio de las tierras que concedía con frecuencia a las curacas, y las que adscribía al culto de las panacas y al Sol. Su extracción de entre los ayllus ex-

cedentarios de población, se hacía antes de entrar en el grupo de edad de los *purej*, y suponía un desarraigo absoluto como sucedía con las *acllas*, de sus propias familias y linajes, con los que rompían sus vínculos, perdiendo el derecho a las tierras o los beneficios de la reciprocidad. Pero en cambio, tampoco tenían ninguna obligación de colaborar en los trabajos y en las obligaciones de los tributarios que, siempre, se vieron auxiliados por todos los miembros de su familia, hombres y mujeres, jóvenes o ancianos, encuadrados en sus respectivos grupos de edad.

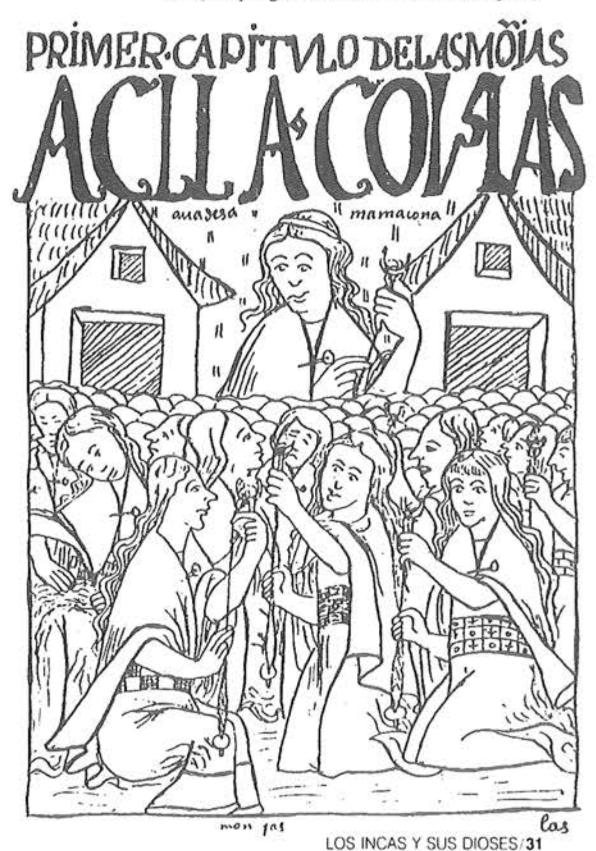
Los *yanas* trabajaban, solamente, en beneficio de la religión o de los linajes a quienes se adjudicaban tierras particulares que, ciertamente, nunca constituyeron una propiedad privada porque esas tierras eran individuales e inalienables, constituyendo un usufructo perpetuo. La condición de *yana* como servidor era vitalicia y, con algunas limitaciones, hereditaria. Uno de los beneficios de pertenecer a un ayllu era el de tomar esposa entre las mujeres del grupo. Los *yanas* perdían este derecho, pero el Estado les proporcionaba las mujeres de los acllahuasi. De esta forma alcanzaban, en cierta medida, una especial consideración social por el prestigio que las *acllas* tenían. Pero ellos mismos eran un bien propio de la religión o de los mallquis reales. Y ellos mismos eran, también, al igual que las acllas, consumidores de las inmensas riquezas de los dioses.

Que el consumo de éstas llegó a amenazar el equilibrio del Estado, sobre todo las que se destinaban al culto de las momias reales, parece un hecho cierto; hasta el punto de que Huascar, en su corto reinado, intentó introducir ciertas reformas en este sentido, amenazando con suprimir su servicio, lo que probablemente le granjeó la enemistad de muchos miembros de la nobleza cuzqueña que engrosaron el bando o el partido defensor de las pretensiones de Atau Huallpa.

Pero los dioses no sólo consumían riquezas. El sentido legitimador de su poder, que los incas encontraron en la religión, y el respeto que sus pueblos sentían por todo lo que se exigiera invocando esos principios, facilitó la imparable expansión del Imperio, cuyas tierras y cuyas gentes les proporcionaban todos los artículos, suntuarios y de consumo, necesarios para sostener una economía de redistribución con lo que los soberanos del Cuzco compraban o pagaban las lealtades de los curacas y la protección de sus hua-



Entierro inca (arriba) *y grupo de* acllas, *las* Vírgenes del Sol (abajo, *grabados de Poma de Ayala)*



cas; y con ésta, la colaboración de los fieles.

El papel político de la religión, tanto en los niveles del culto estatal, como en el de las huacas regionales o las ceremonias que se desarrollaban en el ámbito restringido de las pequeñas comunidades campesinas, quedaba puesto de manifiesto por el carácter, las funciones y la jerarquía de los ministros del culto.

En el significado más profundo de esos intereses y en las funciones encomendadas a esos ministros se advierte un carácter ambivalente. Por una parte, el indudable de sentido religioso, pero también, el de soporte de toda una ideología que sustentaba el poder; primero, de los ayllus representados por sus curacas; después, del Estado, representado por el Sapay Inca. Porque, aunque éstos no fueron los oficiantes de los cultos, los presidían siempre.

El sacerdocio no constituía en los Andes, en el tiempo de los incas, una verdadera casta. Simplemente las funciones sacerdotales se encomendaban en la religión estatal a miembros de los panacas reales como una tarea burocrática más de las que les eran confiadas como instrumentos del Estado. Ciertamente que para ello se requería una educación superior y una preparación específica. Pero ésta era un privilegio al que debían acceder todos los varones incas, con carácter de exclusividad y extensivo, únicamente, a los hijos de los grandes señores regionales, al ingresar en una institución educativa, el *Yayayhuasi* o casa del saber, en el Cuzco.

Allí adquirían todos los conocimientos necesarios para desempeñar cualquier cargo de la complicada burocracia oficial. Los educadores (los sabios amautas), guardianes de las tradiciones y cultivadores de la ciencia, que elaboraban toda la ideología en la que se sustentaba el poder de su pueblo y el del soberano, no eran los sacerdotes, sino los que marcaban las pautas que éstos debían seguir y fijaban las fechas y las ceremonias de los rituales. Sin embargo, parece que toda una jerarquía de esa burocracia religiosa culminaba en la autoridad máxima de un verdadero sumo sacerdote, que era siempre hermano de un Sapay Inca, el reinante o el anterior, que ejercía su cargo de forma vitalicia, sometido a un régimen de vida de absoluta austeridad y castidad.

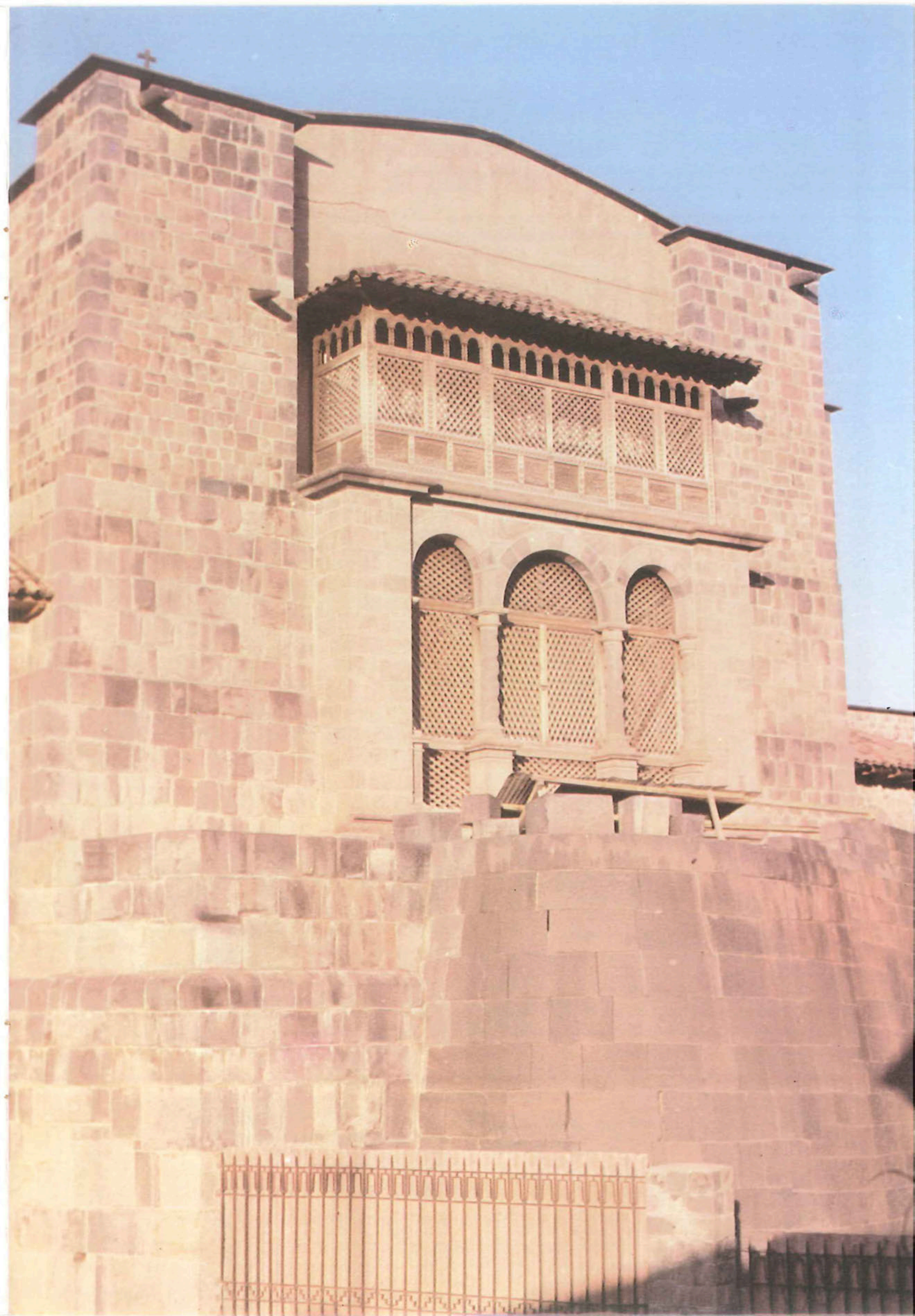
En lo referente a los cultos locales o regionales, los ancianos eran los responsables del culto, pero había una gran variedad de funciones que desempeñaban *especialistas*, entre ellos los curanderos, que adquirían su experiencia a partir del aprendizaje junto a sus mayores, o que eran designados por voluntad de las huacas a partir de alguna señal sobrenatural que marcara su nacimiento o algún accidente extraordinario. Sacrificadores de animales, augures, sortilegios, oráculos, todos eran, en el nivel popular como en el oficial, los mediadores entre las huacas y los hombres.

Porque en ambos se manifestaban unos mismos sentimientos y una escala de valores en la que lo sagrado ocupaba un lugar primordial que regía todo lo demás, sus necesidades, sus inquietudes o sus angustias, y en el caso de los incas, sus ambiciones políticas.

Sobre los cimientos del Coricancha *en Cuzco los españoles construyeron una iglesia*

Bibliografía

Manuel Ballesteros Gaibrois, *Cultura y Religión de la América Prehispánica,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1985; María Concepción Bravo Guerreira, *El Tiempo de los Incas,* Editorial Alhambra, Madrid, 1986; Pierre Duviols, *Cultura andina y represión. Procesos y visitas de idolatrías y hechicerías en Cajatambo. Siglo XVII,* Centro de Estudios Andinos «Bartolomé de las Casas», Cuzco, 1986; Eduardo López Rivas, *Cultura y Religión en el Altiplano Andino,* Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1976; Alfred Metraux, *Les Incas,* Editions du Seuil, París, 1962; John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1975; Franklin Pease, *El dios creador andino,* Mosca Azul Editores, Lima, 1973; Maria Rostworowski de Diez Canseco, *Estructuras andinas del poder,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1983; Jeanette Sherbondy, «El regadío, los lagos y los mitos de origen», *Allpanchis,* Año XII, vol. XVII, n.° 20, Cuzco, 1982, pp. 3-32; Alfredo Torero, *El quechua en la historia social andina,* Universidad Ricardo Palma, Lima, 1974; Carl Troll, «Las culturas superiores andinas y el medio geográfico» *Allpanchis,* Año X, vol. XIII, n.° 15, Cuzco, 1980, pp. 3-55; Henrique Urbano, *Wiracocha y Ayar. Héroes y funciones en las Sociedades Andinas,* Centro de estudios rurales andinos «Bartolomé de las Casas», Cuzco, 1981; R. Tom Zuidema, *La Civilisation Inca au Cuzco,* College de France, Essais et Conferences, Press Universitaires de France, París, 1986.



CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 15.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Esta Navidad descubra un Año Nuevo.



Grabado de Guamán Poma de Ayala representando al décimo segundo inca Huascar

Los incas y sus dioses

Textos

CUADERNOS historia 16

Origen de los incas

ESTE *Yncacapacyupangui* dizen que las tubo por su hijo á *Yngarruca,* habido con su mujer *Mamacoriillpaycahua,* de cuyo nacimiento an hecho mucha fiesta, aunque no se apartó de la conbersacion de gente idolatra, consentiendoles que adoraran á sus *uacas* cada pueblo.

En este tiempo dicen que se acordó de yr en busca del lugar á do el baron *Ttonapa* abia llegado, llamado Titicaca, y de alli dizen que las truxo agua para ongir con ella al nuevo infante *Yngaruca,* diciendo muchas alabanzas de *Ttonapa,* y avn dicen que en aquel manantial que está encima de las peñas biuas como en vna taça, estaua el agua llamado *capacchana quispisutoc vno;* y despues dizen que otros yngas suelen mandar traer un pomo, llamado *coriccacca,* y los ponia ante ssi, para que estubiera en medio de la plaza del Cuzco, llamado Haocaypata Cuçipata, alabando la agua tocada de *Ttnopa. (De la «Relacion de antigüedades deste reyno del Pirú» de JUAN DE SANTA CRUZ PARHAMN, publicado por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1879, Reeditado en Asunción. 1950.)*

Del famoso templo de Titicaca, y de sus fábulas y alegorías

ENTRE otros templos famosos que en el Perú había dedicados al sol, que en ornamento y riqueza de oro y plata podían competir con el del Cozco, hubo uno en la isla llamada Titicaca, que quiere decir sierra de plomo; es compuesto de *Titi,* que es plomo, y de *Caca,* que es sierra; hanse de pronunciar ambas sílabas *Caca* en lo interior de la garganta, porque pronunciadas como suenan las letras españolas quiere decir tío, hermano de madre. El lago llamado Titicaca, donde está la isla, tomó el mismo nombre de ella, la cual está de tierra firme poco más de dos tiros de arcabuz; tiene de circuito de cinco a seis mil pasos, donde dicen los Incas que el sol puso aquellos sus dos hijos varón y mujer, cuando los envió a la tierra para que doctrinasen y enseñasen la vida humana a la gente barbarísima que entonces había en aquella tierra. A esta fábula añaden otra de siglos más antiguos; Dicen que después del diluvio vieron los rayos del sol en aquella isla y en aquel gran lago primero que en otra parte alguna. El cual tiene por partes setenta y ochenta brazas de fondo, y ochenta leguas de contorno, de sus propiedades y causas, porque no admita barcos que anden encima de sus aguas, escribía el P. Blas Valera, en lo cual yo no me entremeto, porque dice que tiene mucha piedra imán.

El primer Inca Manco Capac, favorecido de esta fábula antigua y de su buen ingenio, inventiva y sagacidad, viendo que los indios la creían y tenían el lago y la isla por lugar sagrado, compuso la segunda fábula, diciendo, que él y su mujer eran hijos del sol, y que su padre los había puesto en aquella isla para que de allí fuesen por toda la tierra doctrinando aquellas gentes, como al principio de esta historia se dijo largamente. Los Incas *amautas,* que eran los filósofos y sabios de su república, reducían la primera fábula a la segunda, dándosela por pronóstico o profecía, si así se puede decir. Decían que el haber echado el sol en aquella isla sus primeros rayos para alumbrar al mundo, había sido señal y promesa de que en el mismo lugar pondría sus dos primeros hijos para que enseñasen y alumbrasen aquellas gentes, sacándolas de las bestialidades en que vivían, como lo habían hecho después aquellos reyes. Con estas invenciones y otras semejantes, hechas en su favor, hicieron los Incas creer a los demás indios que eran hijos del sol, y con sus muchos beneficios lo confirmaron. Por estas dos fábulas tuvieron los Incas, y todos los de su Imperio, aquella isla por lugar sagrado, y así mandaron hacer en ella un riquísimo templo, todo aforrado con tablo-

nes de oro, dedicado al sol, donde universalmente todas las provincias, sujetas al Inca, ofrecían cada año mucho oro y plata, y piedras preciosas, en hacimiento de gracias al sol por los dos beneficios que en aquel lugar les había hecho. Aquel templo tenía el mismo servicio que el templo del Cozco.

Los reyes Incas, demás del templo y su gran ornato, ennoblecieron mucho aquella isla por ser la primera tierra que sus primeros progenitores, viniendo del cielo, habían pisado como ellos decían. Allanáronla todo lo que ser pudo quitándole peñas y peñascos: hicieron andenes, los cuales cubrieron con tierra buena y fértil, traída de lejos para que pudiese llevar maíz, porque en toda aquella región, por ser tierra muy fría, no se coge de ninguna manera; en aquellos andenes lo sembraban con otras semillas, y con los muchos beneficios que le hacían cogían algunas mazorcas en poca cantidad, las cuales llevaban al rey por cosa sagrada, y él las llevaba al templo del sol, y de ellas enviaba a las vírgenes escogidas que estaban en el Cozco, y mandaba que se llevasen a otros conventos y templos que por el reino había; un año a unos y otros año a otros, para que todos gozasen de aquel grano, que era como traído del cielo. Sembraban de ello en los jardines de los templos del sol, y de las casas de las escogidas en las provincias donde las había, y lo que se cogía se repartía por los pueblos de las tales provincias. Echaban algunos granos en los graneros del sol y en los del rey, y en los pósitos de los concejos, para que como cosa divina guardase, aumentase y librase de corrupción el pan, que para el sustento común allí estaba recogido. Y el indio que podía haber un grano de aquel maíz o de cualquiera otra semilla para echarlo en sus orones, creía que no le había de faltar pan en toda su vida; tan supersticiosos como esto fueron en cualquiera cosa que tocaba a sus Incas. *(De los «Comentarios Reales de los Incas», de GARCILASO DE LA VEGA, Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1963.)*

Peregrinación de los incas hacia Cuzco

DIJO el Inca: «Nuestro padre el sol, viendo los hombres tales, como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos, y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de nuestro padre el sol, para que lo adorasen y tuviesen por su dios, y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad; para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra, como hombres racionales, y no como bestias. Con esta orden y mandato puso nuestro padre el sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dijo que fuesen por do quisiesen, y do quiera que parasen a comer o a dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro, de media vara en largo y dos dedos de grueso, que les dió para señal y muestra que donde aquella barra se les hundiese, con sólo un golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el sol nuestro padre que parasen e hiciesen su asiento y corte. A lo último les dijo: «Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio, los mantendréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre, haciendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados a imitación y semejanza mía que a todo el mundo hago bien, que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas, y les caliento cuando han frío, y crío sus pastos y sementeras; hago fructificar sus árboles y multiplico sus ganados; lluevo y sereno a sus tiempos, y tengo cuidado de dar una vuelta cada día al mundo por

ver las necesidades que en la tierra se ofrecen, para las proveer y socorrer, como sustentador y bienhechor de las gentes; quiero que vosotros imitéis este ejemplo como hijos míos, enviados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres, que viven como bestias. Y desde luego os constituyo y nombro por reyes y señores de todas las gentes que así doctrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno.» Habiendo declarado su voluntad nuestro padre el sol a sus dos hijos, los despidió de sí. Ellos salieron de Titicaca, y caminaron al septentrión, y por todo el camino, do quiera que paraban, tentaban hincar la barra de oro y nunca se les hundió. Así entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siete o ocho leguas al mediodía de esta ciudad, que hoy llaman Pacarec Tampu, que quiere decir venta, o dormida, que amanece. Púsole este nombre el Inca, porque salió de aquella dormida al tiempo que amanecía. Es uno de los pueblos que este príncipe mandó poblar después, y sus moradores se jactan hoy grandemente del nombre, porque lo impuso nuestro Inca; de allí llegaron él y su mujer, nuestra reina, a este valle del Cozco, que entonces todo él estaba hecho montaña brava. *(De los «Comentarios Reales de los Incas», Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1963.)*

Fábulas y ritos

OTRAS naciones hay que dicen que cuando el diluvio se acabó, por las aguas, la gente, excepto aquellos que en algunos cerros, cuevas y árboles se pudieron escapar, y que éstos fueron muy poquitos, y que de allí empezaron a multiplicar; y que por haber escapádose y procedido de aquellos lugares, en memoria del primero que de allí salió, ponían ídolos de piedra, dándoles el nombre a cada *huaca* que ellos entendían había tenido aquel de quien se jactaba proceder; y así los adoraban y ofrecían sus sacrificios de aquellas cosas que cada nación usaba; no obstante que hubo algunas naciones que tuvieron noticia, antes que el Inca los sujetase, que había un Hacedor de todas las cosas; al cual, aunque le hacían algunos sacrificios, no eran en tanta cantidad ni con tanta veneración como a sus *huacas.* Y prosiguiendo la dicha fábula dicen que al tiempo que el Hacedor estaba en *Tiahuanaco,* porque dicen que aquel era su principal asiento; y así, allí, hay unos edificios soberbios de grande admiración, en los cuales estaban pintados muchos trajes de estos indios, y muchos bultos de piedra de hombres y mujeres; que por no obedecer el mandato del Hacedor, dicen que los convirtió en piedras; y dicen que era de noche y que allí hizo el Sol, la Luna y las estrellas; y que mandó al Sol, la Luna y las estrellas fuesen a la isla de Titicaca que está allí cerca; y que desde allí subiesen al Cielo.

Y que al tiempo que se quería subir el Sol, en figura de un hombre muy resplandeciente, llamó a los Incas y a Manco Cápac, como a mayor de ellos y le dijo: «Tú y tus descendientes habéis de ser señores, y habéis de sujetar muchas naciones; tenedme por padre, y por tales hijos míos os jactad, y así me reverenciaréis como a padre.» Y que acabado de decir esto a Manco Cápac le dió por insignias y armas el *suntur paucar* y el *champi* y otras insignias de que ellos usaban, que es a manera de cetro, y que todos ellos, por insignias y armas, tuvieron. Y que en aquel punto mandó al Sol, la Luna y las estrellas se subiesen al Cielo, a ponerse cada uno en sus lugares; y así subieron y se pusieron; y que luego en aquel instante Manco Cápac y sus hermanos y hermanas, por mandato del Hacedor, se sumieron debajo de tierra, y vinieron a salir a la cueva de *Pacari tambo,* de donde se jactaban proceder, aunque de la dicha cueva dicen sa-

lieron otras naciones; y que salieron al punto que el Sol, el primer día después de haber dividido la noche del día el Hacedor; y así de aquí les quedó apellido de llamarse Hijos del Sol, y como a padre adorarle y reverenciarle.

Tienen también otra fábula en que dicen que el Hacedor tuvo dos hijos, que al uno llamaron *Imaymana Viracocha* y al otro *Tocapo Viracocha;* y que concluído el Hacedor las gentes y naciones, y dar trazas y lenguas, y haber enviado al cielo el Sol, la Luna y las estrellas, cada uno a su lugar desde *Tiahuanaco,* como está dicho, el Hacedor, a quien en lengua de estos indios le llaman *Pachayachachic,* y por otro nombre *Tecsi Viracocha,* que quiere decir Incomprensible Dios, que vino por el camino de la sierra visitando y viendo a todas las naciones, como habían comenzado a multiplicar y cumplir lo que se les había mandado; y que algunas naciones que halló rebeldes y que no habían cumplido su mandato, gran parte de ellos convirtió en piedras, en figuras de hombres y mujeres con el mismo traje que traían. *(De CRISTOBAL DE MOLINA (El Cuzqueño) «Fábulas y ritos de los Incas». Pequeños y grandes libros de Historia Americana. Lima, 1943.)*

De los carneros del Perú

NINGUNA cosa tiene el Perú de mayor riqueza y ventaja, que es el ganado de la tierra, que los nuestros llaman carneros de las Indias, y los indios en lengua general los llaman *llama,* porque bien mirado es el animal de mayores provechos y de menos gasto de cuantos se conocen. De este ganado sacan comida y vestido, como en Europa del ganado ovejuno, y sacan más el trajín y acarreto de cuanto han menester, pues les sirve de traer y llevar sus cargas. Y, por otra parte, no han menester gastar en herraje, ni en sillas o jalmas, ni tampoco en cebada, sino que de balde sirve a sus amos, contentándose con la hierba que halla en el campo. De manera, que les proveyó Dios de ovejas y de jumentos en un mismo animal, y como a gente pobre quiso que ninguna costa les hiciese, porque los pastos en la sierra son muchos, y otros gastos, ni los pide, ni los ha menester este género de ganado.

Son estos carneros o llamas en dos especies: unos son pacos o carneros lanudos; otros son rasos y de poca lana, y son mejores para carga; son mayores que carneros grandes y menores que becerros; tienen el cuello muy largo, a semejanza de camello, y hanlo menester, porque, como son altos y levantados de cuerpo, para pacer requieren tener cuello luengo. Son de varias colores: unos, blancos del todo; otros, negros del todo; otros, pardos; otros, varios, que llaman *moromoro.* Para los sacrificios tenían los indios grandes advertencias de qué color habían de ser para diferentes tiempos y efectos. La carne de éstos es buena, aunque recia; la de sus corderos es de las cosas mejores y más regaladas que se comen; pero gástanse poco en esto, porque el principal fruto es la lana para hacer ropa, y el servicio de traer y llevar cargas.

La lana labran los indios, y hacen ropa, de que se visten: una, grosera y común, que llaman *havasca;* otra, delicada y fina, que llaman *cumbi.* De este cumbi labran sobremesas y cubiertas y reposteros y otros paños de muy escogida labor, que dura mucho tiempo, y tiene un lustre bueno, cuasi de media seda. Y lo que es particular de su modo de tejer lana, labran a dos haces todas las labores que quieren sin que se vea hilo ni cabo de él en toda una pieza. Tenía el Inga, rey del Perú, grandes maestros de labrar esta ropa de cumbi, y los principales residían en el repartimiento de Capachica, junto a la laguna grande de Titicaca. Dan con hierbas diversas diversos co-

lores y muy finos a esta lana, con que hacen varias labores. Y de labor basta y grosera, o de pulida y sutil, todos los indios e indias son oficiales en la sierra, teniendo sus telares en su casa, sin que hayan de ir a comprar, ni dar a hacer la ropa que han menester para su casa. *(Obras del P. JOSE DE ACOSTA, «Estudio preliminar de P. Francisco Mateos», Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1954.)*

De los depósitos del Inca y de la religión, la hacienda que se recogía en ellos, y cómo se gastaba

ESTABAN hechos por mandado del Inca de grandes depósitos y graneros, que los indios llaman *colcas*, en todas las provincias del Perú, en que se encerraban y guardaban los tributos y hacienda del rey, y de la religión. En tres partes señaladamente había estos depósitos reales y sagrados; primeramente, en las tierras realengas y de la religión de cada provincia, donde se encerraban inmediatamente los frutos y tributos como se iban recogiendo; los segundos estaban en las cabeceras de las gobernaciones donde residían los virreyes, y los terceros en la ciudad del Cuzco; porque por todos se repartían unos mismos frutos y vituallas. Los depósitos reales y los de la religión eran distintos, aunque estaban siempre juntos, como eran los dueños de lo que en ellos se encerraba y los efectos a que se aplicaba. Eran los del Inca mucho mayores y más largos que los de la religión; de donde se colige haber sido mayor su parte de tierras y ganados que la que estaba consagrada a los dioses.

Todo el grano, semillas y frutos que se recogían de las tierras de la religión y del Inca, con todo lo demás que en especie contribuían los pueblos, lo ponían los mismos indios de la comunidad en los primeros depósitos, para que el Inca y sus gobernadores lo distribuyesen a su voluntad. Destos depósitos iban recogiendo a sus tiempos los cobradores de las rentas reales y de la religión lo que se les ordenaba, y lo hacían llevar, parte a los depósitos de las cabeceras de provincias, y parte a la ciudad de Cuzco al tiempo señalado, que era para la fiesta del *Raymi.* Esta cantidad que al Cuzco es llevaba, así de la hacienda del rey como de la religión, no era siempre una, sino conforme habían sido las cosechas y la abundancia o escasez que había en los depósitos de las provincias; teniéndose consideración a que siempre quedasen así aquellos depósitos como los de cabezas de provincias bastante proveídos para los gastos ordinarios y necesidades ocurrentes. En el beneficiar estos frutos después de cogidos, se guardaba la misma regla que en sembrarlos y cultivarlos, esto es, que la gente que se ocupaba de este menester, comía a costa del dueño de los dichos frutos, y de la misma hacienda se les daba todo lo necesario para el trajín de unas partes a otras; por manera que los frutos de la religión se trajinaban en ganado de la misma religión, y los del Inca en ganado suyo; y la hacienda, así de la religión como del Inca, que para la sobredicha fiesta del *Raymi* se llevaba al Cuzco, iba en ganado propio de donde ella era, y solía ir en el mismo que a ese tiempo llevaban al Cuzco para los sacrificios de sus falsos dioses y para las fiestas reales; de modo que los indios que en estas ocupaciones y ministerios pagaban su tributo, no hacían en ellos ningún gasto ni ponían más que su trabajo.

La hacienda de la religión no se consumía en otra cosa que en el culto vano de sus ídolos, conviene a saber, en los gastos de los templos y *guacas* que se fabricaban de nuevo y en reparar los antiguos; en sustentar y vestir a los sacerdotes, *mamaconas,* ministros y guardas de los templos; en los sacrificios que hacían por el discurso del año a las *guacas* de las provincias y pueblos, conforme a lo estatuído. La mayor parte desta hacienda de la religión se llevaba a

la ciudad del Cuzco para el mismo efecto; porque lo que allí se hacía y gastaba desto llevado de todo el reino, era en grandísima cantidad, respecto de ser en aquella corte la fuerza de los sacrificios, por estar en ella los templos de todos los dioses principales del reino, donde residía mucho número de sacerdotes y personas dedicadas al culto de sus ídolos, que sólo entendían en su garda y en ofrecer ordinarios sacrificios. *(Obras de P. BERNABE COBO, «Estudio preliminar y edición de Francisco Mateos. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1964.)*

De la fiesta del Itu, y las ceremonias con que se celebraban

DEMAS de las fiestas dichas, que eran ordinarias, había otras extraordinarias, que, aunque estaban determinadas las ceremonias y solemnidad con que se habían de hacer, con todo eso, ni había tiempo determinado para ellas, ni a todos era concedido el celebrarlas. La principal déstas era la que llamaban *Itu,* la cual era muy célebre, de grande aparato, devoción y alegría. Hacíanla solamente a tiempos indeterminados, según la necesidad que ocurría, y entonces no era permitido a todos solemnizarla de una misma manera. En la ciudad del Cuzco se celebraba desta suerte: Ayunaban todos los días antes, en los cuales se apartaban de sus mujeres, no comían cosa con sal ni *ají* ni bebían *chicha,* que era lo sustancial de su ayuno; luego se juntaba todo el pueblo con el Inca y las estatuas de sus dioses en la plaza mayor, y echaban fuera de la ciudad todas las mujeres que tenían perros y otros animales, y mandábanles que estuviesen con ellos muy apartadas de donde se hacía la fiesta. Buscaban si había algunos forasteros, y mandábanles también salir fuera, y ponían guardas en los caminos para que no entrase nadie en tanto que se hacía la dicha fiesta, y tenían orden y diligencia para que en este tiempo no entrase ningún animal al lugar donde ellos estaban congregados; porque decían que era desacato que tratándose del sol y con el *Viracocha* de cosas tan importantes, se hiciese entre animales.

Hecha esta diligencia, sacrificaban con gran solemnidad y ceremonias dos carneros de cierto color conforme a lo que se pretendía alcanzar con la fiesta, y si la necesidad era grave, mataban algunos niños; mas esto era cuando el Inca ordenaba que la fiesta fuese general. Después del sacrificio se vestían de los aderezos y ornamentos dedicados para esta solemnidad los que la habían de celebrar, que eran unas camisetas coloradas de *cumbi*con rapacejos largos del mismo color; ceñíanse debajo dellas unas criznejas largas que les colgaban hasta los pies; en las cabezas unas diademas grandes de pluma bien labradas, de diversos colores, y unos collares de conchas ensartadas al cuello; en las manos llevaban una bolsa pequeña, que llamaban *sondor pauca,* y algunos un pájaro verde seco con su pluma, y un atambor blanco pequeño, muy bien hecho. Guardábanse estas vestiduras e instrumentos en una casa que el Inca tenía en el Cuzco diputada para sólo esto; y era grande la cantidad destas cosas que allí había en depósito. Los que se vestían el aderezo dicho, eran sólo mancebos de hasta veinte años, y lo restante del pueblo tenía cubiertas las cabezas con las mantas o capas; y así los unos como los otros guardaban gran silencio; porque era obligación en tanto grado, que en todo aquel día no hablaban unos con otros.

Empezaban los dichos mozos en procesión muy despacio a dar vuelta alrededor de la plaza, tocando todos a una sus atambores con ciertos visajes, y desta manera iban con gran compás hasta que se concluía una vuelta. Acabada, se asentaban todos juntos callando, y levantábase un principal, que, dando vueltas por el mismo lugar

que la procesión había pasado, sembraba el suelo de *coca*. Desde a un poco de tiempo se tornaban a levantar los ministros y daban otra vuelta de la misma forma que la primera, y asentados, se derramaba otra tanta cantidad de *coca* como antes. Trazaban y disponían de suerte todo el día, que en él se diesen ocho vueltas a la plaza; en la cual se estaban toda la noche siguiente rogando con gran atencion al *Viracocha* y poniendo al sol por intercesor por la necesidad que tenían. Venida la mañana, se desnudaban aquellas vestiduras y guardábanlas como cosa sagrada en el lugar dicho; luego comenzaban a beber con gran regocijo cantando y bailando dos días con sus noches, en señal que su oración había sido acepta.

Era esta fiesta propia de los Incas y ellos solos la usaron mucho tiempo; pero después fueron dando licencia por vía de merced para que la pudiesen hacer en sus tierras otros señores de los que estaban en su obediencia. La cual principalmente se hacía cuando el Inca casaba alguna hija o sobrina suya con algún señor extranjero, lo cual hacía muchas veces para diferentes efectos y pretensiones; al cual, después de haberle encarecido la merced que le hacía en tomar su deudo y la obligación en que quedaba por esta razón y héchole saber cómo también emparentaba con el sol, de quien ellos decendían, en señal desto, por muy singular favor, le daba licencia para hacer en su tierra esta fiesta del *Itu,* mediante la cual tuviese remedio en las necesidades para que había sido instituída; y a estos tales juntamente con la licencia les daban las vestiduras e instrumentos con que la habían de hacer, del depósito que desto tenían en el Cuzco, que era la última merced y de más estimación que se les podía hacer; y luego en la dicha tierra donde se concedía el celebrarla, se diputaba casa en que se guardasen las vestiduras y aparejos para ella (...).

(Obras del P. BERNABE COBO, «Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos», Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1964.)

Vista parcial de las ruinas de Sacsahuamán, en las proximidades de Cuzco

